



Año XXXIII—Madrid, Jueves 10 de Julio de 1913.—Núm. 28

NUMERAL:
Rivadavia, 1245
BUENOS AIRES

¡EL PUEBLO!!

El Reformista de Granada me dedica un artículo titulado así. Quitado el primer párrafo, en el que se me elogia demasiado, allá va:

«Pero dónde está el pueblo?

Porque aquel pueblo español hidalgo, valiente y digno que sabía alzarse con arrogancia frente a sus reyes para defender un derecho, un fuero, un privilegio; que supo luchar contra las huestes extranjeras para salvar su independencia, y tuvo arrestos para conquistar la libertad en las barricadas, entre nubes de humo y charcos de sangre; aquel pueblo altivo y orgulloso que escribió en la Historia páginas brillantes con su entereza, con su energía, con su civismo, con su carácter indomable y su bravura de héroe, aquel pueblo ya no existe, pasó a la leyenda, murió quien sabe si para siempre.

El de hoy, si es que se le puede llamar pueblo, lo es de resignados, de mansos, de esclavos serviles, de castrados, dice dijo Costa. Las mayores humillaciones, las más odiosas tiranías, todo lo que en otros tiempos hubiera provocado un estallido de indignación popular, hoy lo sufre sumiso, con la calma de los cobardes. Sin alzar la cabeza ni atreverse apenas a formular una débil protesta que rara vez asoma y que nunca pasa de los labios.

El pueblo español es un cadáver galvanizado que anda sin pensar ni sentir. No tiene ideales ni aspiraciones; y cuando el hambre le atosiga y la miseria le apremia, sólo sabe huir cobardemente a las repúblicas americanas.

¡Pobre Nakens, pobre soñador! Lo espera todo del pueblo sin fijarse en que ese pueblo se vende en días de elecciones. Confía en el pueblo sin acordarse de que ese mismo pueblo asistió impasible al desastre colonial, sin convertirse en huracán formidable que hubiese barrido con irresistible ímpetu un régimen y unos políticos que nos llevaron a la ruina y a la deshonra.

¡El Pueblo! ¿Pero puede confiarse en él? ¿Puede esperarse nada redentor y digno de su atonía moral, de su mansedumbre vergonzosa, de su incultura completa y de su incapacitación absoluta?

Desengáñese el venerable anciano; hay masas, masas analfabetas, masas que ni piensan ni quieren; masas que no sienten los estímulos de un ideal levantado ni siquiera el aguijón de la vergüenza. Hay masas, pero... ¡no hay pueblo!

Y fíjese el Sr. Nakens. Mientras no, hay un sólo español que no conozca las hazañas de Diego Corrientes y el Pernal, y no hable de las *fuligranas* de Belmonte o del Gallito, hay legiones, así, legiones inmensas, que no saben que existió un español que se llamó Costa y que existe otro español que se llama Ramón y Cajal.

Y pregunte a esas masas lo que entienden por República, pregúnteles por todo

aquello que debe saber un pueblo para consolidar un régimen democrático, y oirá horrores, verdaderas monstruosidades que le arrancarán un suspiro de desconsuelo si no una frase de desprecio y asco.

Desengáñese, pobre anciano; ese pueblo que imagina, ese pueblo que invoca, no existe. Sólo hay unas masas atávicas que con su ignorancia y su cobardía, son el más firme sostén de ese caciquismo desatentado y grosero que forma el nervio de la política española.

¿Y cree el Sr. Nakens que sobre una cimentación tan menguada, tan pobre y deleznable puede levantarse el edificio grandioso de la República? ¿Qué sería de ella?

No fantaseemos ni persigamos delirios. Al presente, la República en España es imposible: y los que de verdad la aman, los que por ella suspiran, los que anhelan con todo el afán de su corazón verla consolidada rigiendo con mano firme los destinos de la nación, no deben hoy por hoy desear su triunfo, porque poco después tendrían que contemplar el espectáculo doloroso de su derrumbamiento.

Hoy no debemos pensar en hacer República; es preciso antes hacer pueblo.

Por eso seguimos a D. Melquiades Alvarez, que no es un traidor ni un ambicioso, sino un político que no sueña y un español que adora a su Patria.

¡Pido la palabra!

Y no para faltar a lo que he dicho de que no quiero ahora sostener polémicas, sino para defender a la más adúlada y más vilipendiada de las clases sociales: el Pueblo. Es ésta en mi manía vieja, como puede comprobarse en uno de los *artículos fiambres* que inserto en este número.

Nadie puede acusarme de haber adulado al Pueblo. Creo que soy el escritor democrata que más duramente lo he tratado. Mas no para buscar disculpa a una defección mía, sino para ver si lograba que sacudiese su inercia, se enterase de que es el principal factor de todo progreso y se lanzase a la conquista de cuanto se le debe, se le niega o se le usurpa.

Hoy lo insultan los que lo dejan para irse a la Monarquía, y yo me pongo más resueltamente a su lado, yo me adhiero más fuertemente a él, yo me confundo más con él... ¿Que tiene todos los vicios inherentes a la ignorancia y la miseria? Sí, y es natural que los tenga. Como los tendríamos todos si otros no se hubieran encargado de redimirnos.

Porque yo soy uno de los suyos, como lo son quienes lo insultan y lo deprimen. ¿Qué abolengo aristocrático es el nuestro? ¿O es que se quiere vincular el nom-

bre de Pueblo en los que apenas saben hablar?

Sí; al Pueblo pertenecemos todos los que trabajamos por el progreso humano, ya con el músculo, ya con el nervio, ya con el cerebro, y deber del que más vale es amparar, proteger y elevar al que más abajo esté. Puede censurarlo, fustigarle, pero a condición de seguir combatiendo en favor suyo.

Y dicho esto, contestaré a los cargos que *El Reformista* hace al Pueblo.

«Que dónde está el Pueblo», me pregunta. ¿Que dónde? En los campos, extenuándose por falta de alimentación; en las fábricas, desposándose con la tuberculosis; en las minas, extrayendo un trozo de pan de la asfixia y de la humedad hasta que entra en escena el grisú; en todas partes, en fin, donde se incuban miserias, se producen víctimas, se engendran desesperaciones... En esos sitios a donde van a buscarlo un día los que luego preguntan dónde está, para suplicarle que se digne ir a echar en una urna la papeleta que le entregan. Ahí está el Pueblo.

«Que el Pueblo se alzaba antes contra los reyes.» Sí; pero arrastrado por caudillos de la nobleza en unos casos, y guiado en otros por los que se servían de él para elevarse: ni más ni menos que ocurre ahora.

«Que luchaba por su independencia.» No; por la independencia de los otros; y la prueba está en que todavía permanece esclavo. Y no se me objete con el alzamiento nacional de principios del pasado siglo contra la invasión francesa, porque tras el año 1808 vino el 1823.

«Que se batía en las barricadas.» Sí; mas era porque lo llamaban a ellas y estaban en ellas con él, los Rivero, Becerra, Sixto Cámara, Carlos Rubio y varios más. ¿Ha pasado desde la restauración acá lo mismo? ¿Ha habido algún jefe que le haya dicho al Pueblo: «Ven, é iremos?»

«Que hoy lo sufre todo, sumiso y resignado, con la calma de los cobardes.» ¿Y qué ha de hacer, si le dan ejemplo sus directores? Citense las protestas que hicieron los jefes republicanos contra la conducta de los conservadores cuando la Semana Trágica, ni después para impedir los fusilamientos. Por esto pudo más tarde decir con razón La Cierva: «Nadie me pidió el indulto de Ferrer.»

«Que el Pueblo no piensa ni discute, ni tiene ideales ni aspiraciones.» Pues si él es así ¿para qué lo solicitamos? Y si así no fuese ¿para qué nos necesitaba?

«Que cuando el hambre le atosiga y la miseria le apremia sólo sabe huir cobardemente hacia las repúblicas americanas.» ¿Y que se quiere que haga? ¿Dejar-

Se matar aquí aisladamente, para dar ocasión a los diputados republicanos de pronunciar tremendos aunque inofensivos discursos en el Congreso? Eso, si los pronunciaban; que se han dado casos en que no. Mas aparte de esto ¿quién dice que la emigración es una cobardía? Abandonar familia, afectos, recuerdos, todo eso que constituye la patria, para ir a un país desconocido en busca de un trozo de pan inseguro, eso no es una cobardía; es una heroicidad.

(Compatriotas que mientras más tiempo lleváis fuera de España más la amáis: ved cómo os tratan los que emigran a la Monarquía en busca de lo que no pueden hallar en este campo improductivo de la República)

«Que el Pueblo se vende en las elecciones.» ¿El Pueblo? ¿En qué quedamos, hay Pueblo ó no? Si no existe ¿cómo se vende? Mas yo niego que se venda. ¿Cuánto le ha costado nunca la elección a ningún diputado que presentó su candidatura por un distrito republicano? En muchos, hasta les pagaron los gastos materiales de la elección.

¿Que en los distritos rurales hay quien vende el voto? Ciertamente. ¿Pero quién ha ido a enseñarles lo que ese voto vale? ¿Qué han hecho los que anatematizan a esas masas ignorantes, para ponerlas en condiciones de que no tengan que vender el voto para comer un par de días? Y además ¿qué ejemplos de abnegación y desinterés ve arriba? ¿No es hoy corriente especular con las ideas, ya de ocultis, ya al descubierto? ¿Pues a qué exigir de los inconscientes una virtud de que carece de mayoría de los conscientes?

«¿Que el Pueblo no se levantó cuando la catástrofe colonial?» Evidente es. ¿Pero qué? ¿Es el Pueblo quien debe tomar esas iniciativas? Entonces ¿cuál es la misión de los jefes? ¿No se encarece al Pueblo a cada paso la disciplina? ¿Y permite la disciplina que el inferior, sin orden y sin mandato, se lance a empresas que pudieran comprometer el éxito de otras más eficaces y decisivas que tuvieran sus jefes acordadas? Ejemplo bien reciente tenemos en la Semana Trágica, de que cuando el Pueblo obra por su cuenta se encuentra solo: ni corren a ponerse a su frente sus directores, ni secundan su acción, ni siquiera aceptan las responsabilidades.

«Que no puede esperarse del Pueblo nada redentor y digno». Yo lo espero todo. Y no sólo del Pueblo tal cual lo he definido, sino hasta de esas masas analfabetas y brutales. Convencido de que la gangrena social que corroee a España sólo puede curarse con el hierro y con el fuego, he cruzado alguna vez rápidamente por mi cerebro la visión apocalíptica de millares y millares de campesinos que, partiendo de Andalucía y engrosando su núcleo en Extremadura y la Mancha, avanzan sobre Madrid devastándolo todo al pasar; masas de hombres de instinto, incultos y feroces, que miran la muerte con la indiferencia del que ve en ella el único remedio a sus males; masas que

vienen cargadas con los atavismos de cincuenta generaciones moldeadas por el hambre, la miseria, la angustia del hoy, el miedo al mañana... Y al cruzar por mi cerebro esa visión aterradora, he pensado en el sacudimiento terrible que sentiría esta sociedad de injustos y egoístas, y en el apresuramiento con que los hombres de inteligencia buscarían solución al problema económico planteado, y en que quizás por esto fuese España la nación primera que inscribiese en sus Códigos los preceptos de esa justicia superior que no figuran todavía en los de ninguna. Y he aquí por qué digo que pudiera esperarse algo redentor de esas masas.

«¿Que el Pueblo no sabe quién fué Costa, ni sabe quién es Cajal?» Siempre le ocurrió lo mismo al Pueblo. En aquellos tiempos en que iba a las barricadas a conquistar la libertad de imprenta no sabiendo leer, ignoraba también los nombres de las eminencias de entonces: como sucedía en aquellos otros a que *El Reformista* se refiere, en que realizaba hazañas propias de hidalgos y altivos. Lamentable es que el Pueblo carezca de ilustración; ¿mas a quién culpar por ello? A esa Monarquía que «logían hoy los republicanos que lo acusen de inculto, y que lo ha mantenido deliberadamente siglos y siglos en la ignorancia.

«Que el Pueblo no sabe qué es la República.» Es la muletilla de todos los que lo abandonan. «Puesto que el Pueblo ignora lo que yo he debido enseñarle, me paso a la Monarquía». Lógica contundente.

«Que las masas son el sostén del caciquismo.» No lo niego. Pero si los jefes y diputados republicanos hubieran hecho contra él, en las Cortes y fuera de ellas, la campaña a que estaban obligados, el caciquismo no estuviera hoy tan pujante como está, y esas masas hubieran ido poco a poco sustrayéndose a su dominio. ¿Mas cómo habían de atacarlo, si el caciquismo impera entre nosotros tanto como entre los monárquicos?

«Que es un delirio pensar en la venida de la República.» ¿Desde cuándo lo es? Porque al formarse el partido reformista se le dijo lo contrario al Pueblo.

«Que hoy no debe pensarse en hacer República, sino Pueblo.» ¿Y cómo se hace Pueblo? ¿Ayudando a que perdure la Monarquía, interesada en que no se haga? ¿Dándole ejemplos de apostasía, que acentúan su desconfianza y despiertan su pesimismo? ¿Pretendiendo derribarle con el pie, en lugar de tenderle la mano para que se incorpore? No; así no se hace Pueblo; lo que se hace es deshacerlo, infundiéndole la idea de que las convicciones son cotizables; que todo cuanto se le viene diciendo es mentira; que está sirviendo de instrumento a ambiciosos vulgares.

«Que Melquiades es un político que no sueña y un español que adora a su patria». Que no sueña, que es hombre práctico, nos lo ha demostrado pasándose a la Monarquía; que adora a su patria, ya es más discutible, y tema a tratar otro día.

Y termino diciéndole al eterno inocente, al eterno engañado al eterno explotado, al eterno insultado, y que, a pesar de todo, sigue soñando, (porque soñar es algo muy grande, muy hermoso) en una redención que llegará.

«Los insultos de los que te adulan ayer, demuestran que no están satisfechos de lo que hacen hoy.

No secundes en adelante a los que te adulen »

JOSE NAKENS

Los dos Lerroux

En tanto creí que Lerroux podía y quería hacer la revolución, no le dirigí la censura mas leve; y eso que muchas veces tuve que hacerme gran violencia para callar ante alguno de sus actos.

Hoy que no creo ni lo uno ni lo otro, no dejaré de combatirlo mientras no me desmienta con hechos. Con hechos; que hemos llegado a tal extremo de desaprensión política, que las palabras no tienen valor alguno en el mercado de la Verdad.

Las apreciaciones que de mi conducta hagan los partidarios que aún le quedan, las estimaré según sean ellos. A los de buena fe, que son los más, les diré: «Ya os convenceréis algún día de que tenía razón al decirle al Lerroux *gubernamental* lo que nunca le dije al Lerroux revolucionario.» Y a los otros... a los otros nada les diré: Sobre ser completamente inútil, me acreditaría de necio.

Viene Lerroux viviendo hace tiempo de una frase, de esta:

«Mientras Lerroux conspira contra la monarquía, los republicanos conspiran contra Lerroux.»

Si esta frase de Estévez ha retenido al lado de Lerroux muchos partidarios que no estaban conformes con la marcha que seguía, aunque prudentemente callaban. Esa frase ha servido y sirve aún a muchos para disculpar la inacción revolucionaria de Lerroux... ¿Qué va a hacer, se dicen, un hombre contra quien sus mismos correligionarios conspiran? ¿Qué puede intentar? ¿De quién va a fiarse para empresas comprometedoras?... Y merced a esto, Lerroux ha pasado y pasa todavía entre los suyos como víctima de sus correligionarios.

Pero no hay tal cosa: Lerroux no es, ni podía serlo, dado lo que vale y lo que tenía a su lado, víctima de ningún republicano. Lerroux sólo ha sido víctima de Lerroux. Sin la saña terrible con que él ha conspirado contra sí, hubiera sido imposible que se viera como hoy se ve.

No negaré que los demás jefes republicanos no han apoyado ni apoyan a Lerroux, ni que entre los radicales y las demás fracciones existen hoy abismos más infranqueables que entre muchos republicanos y muchos monárquicos. Pero contando Lerroux con lo que contaba, ¿qué pudo importarle? ¿No combatieron constantemente a Ruiz Zorrilla todos los

jefes de su tiempo? ¿Y le impidió esto realizar los movimientos de 1883 y 1886?

¿Que el espíritu de hoy no es el de entonces en el Ejército? Convenido. Pero, en cambio, el Pueblo está hoy mejor dispuesto que entonces. Y en Cataluña, más que en parte alguna. Y en Barcelona sobre todo.

¿Por qué, pues, no hizo nada? Por que, abroquelado con esa frase de Estévanez, creyó que podía prolongar indefinidamente su actitud equívoca.

Este ha sido un error; esto ha originado su caída. Venía hace tiempo viviendo de esa frase y de su pasado; de aquel pasado glorioso que le ganó renombre, partidarios, admiradores, hasta fanáticos.

Y como los que ganaron fama merecida de valientes la conservan aún después de perdido su vigor, Lerroux conservaba la fama de revolucionario que alcanzó con tanta justicia en sus primeros tiempos de Barcelona. Pero los carteles, lo mismo de revolucionario que de valiente, hay que renovarlos; de lo contrario, se ponen muy borrosos.

Y Lerroux no ha renovado el suyo, por que se lo ha impedido Lerroux; mejor dicho, D. Alejandro.

Este es el fondo de la cuestión, y no otro.

¿Debemos lamentar que así sea todos los que amamos la República? Sí. Y mucho.

Hemos perdido una gran fuerza.

Comparaciones

Con motivo de la *evolución* (seamos cultos) anunciada por D. Melquiades, se han buscado precedentes (¿para qué consecuencia no los hay en España?), y pareceme que con poco acierto.

Uno de los precedentes es el de Castelar, lo cual es una injusticia, porque en nada se parece el acto del uno al del otro.

Castelar, que tenía una historia y unos partidarios que no tiene Melquiades, licenció su partido, dejando a sus individuos en libertad de irse a la Monarquía, ó continuar siendo republicanos. La mayoría optó por lo último.

Melquiades, que no tenía partido, lo ha formado para ofrecérselo a la Monarquía, cual si temiera que su personalidad aislada no bastase para que le abriera la puerta.

Como se ve, no es lo mismo.

Otro caso que se cita es el de Martos, y tampoco cabe aquí la comparación.

Martos, mucho antes de declararse monárquico, dejó de intervenir en absoluto en la política republicana; no quiso llevarse a la monarquía confianzas y secretos que ya no tenía derecho a obtener ni a saber.

Melquiades ha estado hasta última hora intervinendo en los asuntos más íntimos de la política republicana.

No, no es tampoco comparable el caso.

Se ha sacado a plaza también el caso de Rivero, y tampoco es comparable.

Rivero se declaró monárquico en los momentos que el trono estaba vacante, a condición de que se introdujera en la Constitución que iba a elaborarse el programa íntegro de la democracia, como así se verificó.

Melquiades se ha ido en pleno dominio del caciquismo y el clericalismo, é imperando en la administración de justicia un espíritu que él ha calificado con más dureza que nadie.

Al irse Rivero, ignorábase aún qué forma de gobierno triunfaría: si la monárquica ó la republicana.

Al marcharse ahora Melquiades va sobre seguro; oros son triunfos; es decir, la monarquía impera.

Si los hombres de Septiembre no le hubieran cumplido la promesa a Rivero, él hubiera podido tomar la revancha: para algo se estaba en un período revolucionario.

Mas si los monárquicos de ahora no le cumplen a Melquiades el ofrecimiento que le hagan (si le hacen efectivamente alguno) ¿con qué medios cuenta para obligarlos?

No, no cabe invocar precedentes, porque no existen. El caso de Melquiades es nuevo, es típico... Puede, si le conviene, pedir privilegio de invención.

Discurso enigmático

De El Imparcial:

«Barcelona 6 (1,45 madrugada).

En la Casa del Pueblo se ha celebrado un banquete de confraternidad republicana. Asistió el Sr. Lerroux, el cual pronunció a los postres un interesantísimo discurso.

Empezó manifestando que *respeto* a cuantos por haber perdido la fe en los ideales republicanos abandonan esa aspiración, pues *equivocados ó no*, proceden con arreglo a un mandato de su conciencia.

Al tratar de la guerra, dijo que, antes de que los vocingleros que la combaten ahora, se había mostrado en el Congreso enemigo de ella.

Reconozco—añadió—que la Monarquía *no puede retroceder* en el camino emprendido, porque se hundiría.

Hay que protestar de la guerra. PERO SIN PASIÓN, SIN ARREBATOS Y SIN OFUSCACIONES, QUE PUEDEN SER APROVECHADAS POR OTROS.

En la Fraternidad radical se celebró, poco después que el banquete, un mitin de protesta contra la guerra *con escasa concurrencia*. Mientras se verificaba el acto, una Comisión fué a visitar al señor Lerroux para que asistiese y hablase.

Este se negó, alegando cansancio.»

Las palabras subrayadas, lo han sido por mí. ¿Para qué? Para comprobar, cuando lea el discurso íntegro, si han sido realmente pronunciadas. Porque, la verdad; me resisto á creer que Lerroux haya podido decir eso del *respeto* a los que *equivocados ó no* se van a la Monarquía, sin desautorizar al mismo tiempo a los periódicos de su partido que ponen a Melquiades que no hay por dónde cogerle.

Tampoco me explico que sea tan transigente con los mandatos de la conciencia de los que se van a la Monarquía, sin haber antes desagraviado a Azcárate y Pablo Iglesias por lo que él y los suyos les dijeron cuando, obedeciendo el de las suyas, manifestaron en el Congreso que no les satisfacían las explicaciones de Lerroux en el asunto de las aguas de Barcelona.

Menos aún me explico que haya echado ese capote a la Monarquía para que pueda proseguir la guerra, sin haber antes prohibido a los suyos la celebración de esos mítins. Si cree que ella no puede retroceder sin hundirse, será por que sospecha que puede no hundirse si prosigue la guerra; y en ese caso ¿para qué perder el tiempo en pedir lo que por instinto de conservación la Monarquía no puede conceder?

En lo de que se proteste *sin pasión, sin arrebatos y sin ofuscaciones que pueden ser aprovechadas por otros*, ó alude a los conservadores ó a los anarquistas. Como no adivino a cuál de ellos sea, me abstengo de dar mi opinión, si bien me atrevo a rogar a los padres, hermanos y parientes de los radicales que pueden ser llamados a filas, que no se ofusquen, que no se arrebaten, que no se apasionen, y que pidan con mucha calma y mesura el término de la guerra, no haga el diablo que se aprovechen otros de su actitud y resurjan los conservadores, ó tengamos otra Semana Trágica. El que sus hijos mueran en la guerra, debe ser para ellos un detalle insignificante.

Que concurrieran pocos radicales al mitin celebrado después del banquete, esto ya lo comprendo: a raíz de una buena comida, la higiene aconseja no exaltarse para no entorpecer la digestión; además que hubiera sido dar a entender que no consideraban pertinentes las medidas indicaciones del jefe.

Como también comprendo que Lerroux no asistiera al mitin: dió así a entender que estaba perfectamente convencido de que debe tomarse con calma la cosa.

Cuando lea entero el discurso, veré si han sido tergiversadas sus palabras; y si no lo han sido, emitiré más extensamente mi opinión.

Candideces políticas

Tengo tantas, y tan frecuentemente que me río yo mismo de ellas. Enumeraré varias.

Una.—Cuando Melquiades comenzó de veras a crearse un partido, si me pareció mal por introducir en el republicanismo una división nueva, me encantó por otra. Yo me decía: «¿Qué mejor prueba de que ha desistido de irse a la restauración? Si pensara hacerlo, no haría ese llamamiento a los republicanos y menos

les hablaría de apelaciones á la fuerza para derribar el régimen.

Y, efectivamente, formó el partido, y después se ofreció á la monarquía.

Otra.—Vinieron y me contaron que Lerroux había aludido al fusilamiento de Sánchez Moya en el Congreso, y desmentí á quien me lo dijo. ¿Cómo había de haber recordado ese hecho precisamente para dar su opinión sobre la disciplina militar, cuando su nombre figuró en el proceso?

Aguardé impaciente la prensa de aquella noche, y me quedé como quien ve visiones al convencerme de que no me había engañado el que me dió la noticia.

Otra.—Venía notando que de algún tiempo acá todos los jefes republicanos hablaban en el tono que corresponde á *hombres sesudos*, y que ponían especial empeño en que los monárquicos se enterasen de que están *capacitados* para gobernar.

Esto me producía júbilo inmenso, pues pensaba: «la República está en puerta.» D: no ser así, esos señores dedicarían el tiempo que pierden en hacer tales declaraciones, á acelerar su venida.

Pero ¡ay! habla Melquiades, y pónese en fuga mi esperanza. Al indicar él que estaba *capacitado para gobernar*, se callaba modestamente, *que con la monarquía.*

Desde este desengaño no me llega la camisa al cuerpo, y me pregunto cuando pienso en otros *capacitados*:

«¿Si se irán con la monarquía también? ¿Si Melquiades no será más que la máquina piloto?»

Otra.—Anteayer vino á verme un amigo y me dijo:

—¿A que no sabe usted qué jefe republicano elogió primeramente á las instituciones y al rey en público?

—Azcárate, y luego Melquiades.

—Pues se equivoca usted: fué Lerroux.

—¿Habla usted en broma?

—En serio; y además vengo documentado. Lea usted este párrafo del discurso pronunciado por Urzáiz el día 2 de Febrero de 1912:

«Y además observaba cómo en medio de aquella virulencia con que se combatían, aquí no salió á plaza la institución de la Monarquía y el nombre del rey mas que en una ocasión, en un momento muy breve, y por cierto, para tener la satisfacción todos los que somos diputados monárquicos de oír hablar del rey á un diputado republicano como el Sr. Lerroux, en unos términos de consideración y de respeto que ciertamente no podrán menos de ser satisfactorios para todos los diputados monárquicos.»

No tengo á mano el discurso de Lerroux; pero ese párrafo del de Urzáiz me demostró que no podía desmentir á aquel amigo.

La vida española al día

¿Qué es nuestra nación?

Quien lea la prensa de estos días caerá en la tentación de ir en busca de una

academia de médicos, de esas academias que no existen todavía, dedicadas á estudiar las locuras, estigmas y degeneraciones de las sociedades semejantes á las locuras de los individuos.

Mientras el pueblo emigra de hambre ó muere de tuberculosis, y la flor de la juventud sucumbe en Africa, la prensa diaria nos trae como latidos del corazón nacional estos asuntos:

1. Congreso catequístico de Valladolid, donde los clericales hacen alarde de su exhuberante riqueza, poderío y envalentona niente.

2. Divinización del joven torero Belmonte, cuyo nombre despierta mayores entusiasmos que el del Papa, que el del Monarca, que el de los héroes de Africa, y que del propio Cid Campeador.

3. Proceso del capitán Sánchez, acusado de corruptor y explotador de su hija, de asesino y profanador de cadáveres, rezador y devoto, aún en el acto de descuartizar los cuerpos de las victimas.

4. Informaciones de un supuesto asesinato que se dice cometido por una monja en un convento de Málaga.

5. Batalla judicial entre los médicos oficiales de la justicia y los notables de la ciencia, sobre el carácter patológico y ético de la epilepsia, en la cual batalla unos profesionales se ponen á otros como unas a otras las verduleras.

Estos son los cinco hilos del pulso nacional.

De los que nos habían prometido que á estas horas nada de esto podría ocurrir, porque ni habría clericalismo, ni emigración, ni miseria, pues todo iba á ser barrido en unión de la monarquía pontificia, de esos redentores tenemos tres partidos.

El de Melquiades Alvarez, que dice que la Monarquía será la que barrerá estas plagas y curará nuestros males, y que hay que ayudarla haciéndonos monárquicos republicanos.

El de Azcárate, que dice que hay que ser republicanos para predicar las glorias de la Monarquía.

El de Lerroux, que por fin ha declarado claramente en su último discurso que hay que combatir la Monarquía, pero con mesura, con delicadeza, con vaselina, con colreand.

Programa azcarático y programa lerrouxista, como mejores no podían haberlos planeado los ministros de la corona, y que seguramente no tendrían inconveniente en publicarlo como ley del reino en *La Gaceta*.

Respiremos tranquilos

En una correspondencia de su correspondiente en Ceuta que publica *El Imparcial* del día 2 del actual, hallo lo siguiente:

«En el santuario de la Virgen de Africa se ha verificado la ceremonia de entregar el bastón de mando el gobernador en manos de la Virgen. El comandante general,

Sr. García Menacho, acompañado de los generales Serrano, Santa Coloma, López Herreros, Ayuntamiento y Comisiones de los cuerpos de la guarnición y dependencias, acudieron al templo, donde les esperaba el Cabildo Catedral. El gobernador eclesiástico entregó el histórico bastón al general Menacho, explicándole que fué el mismo que usó Pedro Moneces el año 1415 y el mismo con que conquistaron la plaza los portugueses. El general subió al camarín de la Virgen, depositando el bastón en sus manos.

Hizo los honores un piquete de Saboya con bandera y música. La ceremonia presenciola numeroso público.»

Después de leer esta noticia, ya no me preocupa lo que los moros puedan intentar en Africa.

Lo único que la nento es la tardanza en la entrega del bastón. Un día antes de la catástrofe del Barranco del Lobo me hubiera parecido más oportuna.

Monarquía y democracia

Es el problema puesto sobre el tapete de la discusión nacional por los grandes apuntes del juego político en estos momentos: Romanones, Maura, Alvarez y Azcárate. Todos convienen en proclamar la afirmación que sirvió de bandera á Canalejas en 1903: «la monarquía es compatible con la democracia»; pero á renglón seguido entra la divergencia sobre el modo de entender y extender los conceptos «democracia» y «monarquía».

Discutir el principio en su sentido universal, fuera cosa estéril. Todo queda dicho con este dictamen: «la democracia es la negación absoluta y radical de todo ser privilegiado en la ley». ¿Cabe una monarquía sin privilegio para el monarca? Visiblemente, no. Por leve que sea la sombra de injusticia, el concepto «monarca» significa siempre la inviolabilidad y la irresponsabilidad del jefe del Estado, superior á la ley y por tanto fuera del alcance de sus penas. Esta exención de las leyes fiscales y penales, así sea en favor de una sola persona, en virtud del principio «lo más ó lo menos no cambian la especie», es de suyo la negación de la democracia, que significa precisamente lo contrario.

Ahora, si por «república» hemos de entender la extensión de esta inviolabilidad á muchas familias y personas, según parece que pretenden muchos republicanos, está claro que más democrática puede ser la monarquía que limite el privilegio á uno, que la república que lo extienda á cien.

De ello procede en principio esta solución: puede haber una monarquía democrática en todo lo demás, salvo esa raíz monárquica; como puede haber una república tiránica en todo, salvo en esa raíz republicana.

Todo nace de que se suponga al Estado y gentes que lo constituyen como sometidos á las leyes de Gobierno, ó como encargados de aplicarlas á los demás en provecho propio, que es lo que al presente sucede.

Pero no se trata de la monarquía en abstracto, sino en concreto; de la monarquía española, compuesta de una dinastía especial, de una tradición, de un partido y de una tendencia concretas. Y aquí entran las divergencias,

El conde de Romanones, en su *Programa* publicado en *La Mañana* del 3 de Julio, proclama la compatibilidad de esta monarquía con la democracia, especialmente en el orden político religioso, citando los ejemplos de Inglaterra y de otras naciones.

A este sofisma contestó previamente Maura, aunque sin método polémico, diciendo, en resumen, en su último discurso en el Congreso:

—La monarquía española no puede regirse por las leyes de la inglesa, por ser de naturaleza muy distinta y aun contraria. Contrarias son ambas dinastías, contrarias sus tradiciones, contrarios sus partidos y contrarias sus tendencias. Esto que constituye la naturaleza de las soberanías políticas, ha de producir forzosamente frutos contrarios, deseos contrarios, impulsos contrarios y contrarias aspiraciones. Inglaterra será siempre anticlerical; España será clerical. El pasado de la monarquía española es la Inquisición; el catolicismo es la religión del soberano. Su tendencia es... ¡a Roma! Como católico, no puede aspirar a mayor gloria que la de ser el *brazo secular de la Iglesia*.

Azcárate pregona que la persona del monarca no ha de ser obstáculo a la democracia...

Alvarez, aceptando esta declaración, decreta su ingreso en la monarquía.

Tal se halla el pleito en estos momentos de universal desconcierto.

Al examinar imparcialmente los términos de la discusión, ¿quién resulta acertado, los tres anticlericales, ó el clerical Maura?

Aquélos hablan en nombre de lo que *debiera ser*, como si fuese posible y en vías de hecho.

Maura habla en nombre de lo que *fué*, de lo que *es*, y del impulso que este pasado y presente ejercen por fatal energía de los organismos hacia lo futuro.

No gastemos tiempo en divagar; pongámonos sobre la realidad de la vida y en la observación de sus leyes invencibles, mediante la realización de la hipótesis que suponen Romanones, Alvarez y Azcárate.

Supongamos que, si no en esta generación, en una generación futura, más ó menos remota, surge un monarca católico decidido a encarnar el espíritu democrático del pueblo del porvenir.

¿Qué ocurrirá?

Sencillamente esto. La lucha continua, implacable y feroz, en su conciencia, del espíritu religioso con el democrático.

En cada fiesta palatina, el monarca acudiría al confesionario, y allí será interrogado por el confesor como un simple doctrino, acerca de sus actos y propósitos de soberano; y si no jura obediencia al Papa y al confesor, con propósito de enmienda de cuanto haya hecho contra los deseos pontificios, le negará la absolución, y el rey se verá en el conflicto de comulgar sacrilegamente incurriendo en su creencia en la traición de Judas Iscariote, y «comulgando, según frase gráfica de la Iglesia, su propia condenación», ó habrá de renunciar públicamente a la comunión y a los sacramentos, abjurando prácticamente del catolicismo. Será allí, en el confesionario, en la mesa de comunión, en el rezo, en la capilla real, en el panteón de sus antepasados, donde sentirá la incompatibilidad entre el catolicismo y la democracia; y habrá de resolverse a ser infiel a aquél ó a esta y en ambos casos quedará desmoralizado si se empeña en ocultar esta lucha

interior y en simular la compatibilidad de ambos espíritus: ó traidor al catolicismo, ó traidor al pueblo. O *brazo secular* y ciego de la Iglesia, ó apóstata y tirano de ella.

¿Es posible este caso? Sin duda. Verifícase en tiempo de Enrique VIII en Inglaterra, y puede reproducirse el caso. Mas para que Enrique VIII pudiese hacer lo que hizo, necesitó antes ser el rey teólogo, conocedor de la falsedad é inmoralidad eclesiásticas, arrojando la excomunión papal y poniendo esta excomunión como base del trono y diadema de su corona. Y aun necesitó un episcopado patriota, ilustrado y vigoroso, que garantizara la moralidad de su conducta.

Supongamos que todo esto se realizase en España.

Y después de realizada esta maravilla en la persona del monarca; después que él hubiese logrado emancipar su conciencia, restaba la conciencia de los de su familia, cada uno de los cuales habría de pasar por iguales tamices, y sería forzado por el confesor, por el predicador, por el libro devoto y por los cortesanos, a no perdonar medio de influir sobre el ánimo del monarca y de sus ministros en sentido católico.

Madres, tías, hijas, primas y damas aguzarían su ingenio y agotarían su influencia para quebrantar el ánimo del monarca y hacerlo sucumbir al terror religioso, a la tradición dinástica, a la vanidad devota, a la ternura familiar y a las conveniencias domésticas.

¿Qué recurso tendrían contra esta ley fatal é inexorable, el conde de Romanones de entonces, el Azcárate y el Alvarez? Ninguno, por desgracia.

Y concetándonos al presente, diremos: Si un día Alvarez cruza las salas del palacio con programa anticlerical... ¡pobre don Melquiades!

A su paso se sonreirían guiñándose entre ellos el ojo, los jefes de cuarto y los gentiles hombres; se santiguarían las camareras y damas de Corte; correrían a encender las velas de los santos los cofrades palatinos; conspirarían contra él los caballeros de órdenes; sería el *diablo en palacio*, que cargaría con la responsabilidad de todos los disgustos de familia, de todos los accidentes desgraciados de la casa, de todos los fracasos y conflictos; sería el coco y la mala sombra, maldecido a todas horas, expuesto a continuos lazos, trabado en sus proyectos, y empujado por mil lados al fracaso.

Esta es la *naturaleza* de nuestra monarquía; es un organismo con un cerebro nacido en la fe y para la fe, que se *crea* elegida de Dios y crismada para eso: la *fe en su destino* destierra el estudio de la ciencia; el impulso fanático sorbe la voluntad razonable; todos los órganos internos están adaptados a esta vida y actividad.

El elemento extraño que penetra en él, producirá la lucha, la inflamación y la fiebre; y, ó será eliminado, ó se verá enquistado y esterilizado.

No puede producir peras el olmo. No puede dar democracia la monarquía católica, aunque quisiera el monarca!

Porque ¡ay señores demócratas-monárquicos! El monarca lo es todo para el resto de la nación; pero para las dinastías y para la Iglesia, es un individuo deleznable. Dígalo Enrique IV de Francia.

Dígalos Canalejas, y dígalos el escándalo de las damas de la nobleza con motivo de la minucia del Catecismo.

S. PEY ORDEIX

CURA MUERTO

El día 4 del actual cayó una chispa eléctrica en la casa del coadjutor de Moratán (Castellón) y lo mató.

La noticia no se presta a un chiste; por esto me limito a preguntar a los clericales:

¿Qué hubieran ustedes dicho si cae la chispa en esta redacción y me suprime el resuello?

¡Sin calumnias que le habrían levantado a la Divina Providencia, sin cuya voluntad no rebuzna un neo ni se despiende de las nubes un rayo!

Tomen ustedes nota de la muerte de ese cura, para abstenerse de decir barbaridades si un día viene un rayo y me parte. Que ya se guardará bien de hacerlo.

Aun cuando no dejarían de decirlos, porque para eso han nacido ustedes.

¡MENTIRA!

En Madrid se publica mensualmente una hoja ó periodiquín de cuatro páginas, con mal papel, y tan mal impreso como redactado, titulado *El Fraile*. Su único objeto es una tentativa colorada, gigantesca, para la cual se necesita ser un imbécil ó un herce: hacer simpáticos a la menja y al fraile. ¡Una friolera! Por cabecera lleva este lema, que recomendamos a los jóvenes venustos y piadosos, y que encierra un sentido simbólico que sólo podrán saborear los iniciados: «¿Quieres saber quién es el fraile? Toma... y lee.» Comprendido, comprendido, y ¡buen provecho! ¡Caray, y qué manera de hacer propaganda!

Si el lema es *divino*, lo que en aquella hoja mezquina se firma y comenta, es el colmo de la desfachatez y de la mentira.

El número que tengo a la vista (el 17) les cuega a los frailes todas las maravillas del saber humano y todas las virtudes; no ha habido invento científico antiguo ni moderno que no haya salido del cacumen de un fraile ó de la sombra de los claustros; lo dice el fraile agustino P. Zacarías, aquel que quedó hecho cisco en la polémica que sostuvo con el doctor Maestre.

Apurado se vería este buen *Padre* si se le obligara a demostrar en qué funda estas aseveraciones gratuitas, y mucho más si se le exigieran las pruebas de tales *invenciones*.

Según los datos que exhibe este señor, en el mundo no ha habido un talento que no haya vestido hábito; mejor dicho, todos los hombres eminentes se han calado la capucha, no quedándose en el mundo más que los imbéciles. Hasta que el fraile no apareció en el mundo, nadie sabía física, ni química, ni matemáticas, ni música, ni pintura, ni geografía, ni astronomía, ni nada; los hombres se limitaban a comer, dormir y a reproducirse como conejos. Pero aparece el fraile, y cambia en seguida la decoración; por

todas partes aparecen aparatos portentosos, instrumentos de alta precisión que penetran en los arcanos de la ciencia, y resuelven todos los problemas y dan la clave de todos los enigmas. Sin el fraile la humanidad estaría todavía en el período lúgubre y sombrío de la edad de las cavernas.

¿Y las virtudes? ¿Qué sabía el mundo de moral, abnegación, caridad y heroísmo hasta que apareció el fraile? Pues nada; y para probarlo, al que dirige la hojita frailería no se le ocurre otra cosa mejor de quien echar mano que de los *maristas*. Oportuna ha sido la idea, y de actualidad palpitante y nauseabunda, pues recientes están las acometidas virtuosas de los maristas en Toledo, Manzanares y Astorga, poblaciones que tenían la inmensa dicha de poseer colegios dirigidos por estos venerables y purísimos hermanos; colegios en los que los niños salían profanados de alma y cuerpo, no en casos aislados, sino todos los de una aula como en Astorga, y dieciséis de una clase como en Manzanares. Verdad es que en cambio de esto los hermanos buscan por las selvas a los niños salvajes de Caquetá (Colombia), y es de creer que no saldrán menos instruidos que los niños de España y de Europa que están bajo su tutela. ¡Pobrecitos caquetanos!

¿Actos de heroísmo? Sería el cuento de nunca acabar: maristas que se dejan quemar, fusilar, ahogar, incendiar, etcétera, por salvar a los niños, forman un catálogo inacabable. El hermano Dioscoro, en Siria, salvó a *siete mil armenios* que se habían refugiado en su casa, de donde se deduce que la casita del tal hermano debía tener una capacidad como siete o diez palacios reales de Madrid; por cierto que el Gobierno francés gratificó con dos mil pesetas al tal hermanito por su abnegación, estimando la vida de cada armenio en unos treinta céntimos. ¡Ah! Algo es algo.

Lo cierto es que al fraile le debemos muchas cosas y ninguna buena; él seduce a nuestras mujeres e hijas en el confesionario, castra la virilidad de nuestros hijos y profana sus cuerpos en sus colegios; nos llena de supersticiones, ideas retrógradas, y es siempre un obstáculo esencial para el progreso. Donde el fraile impera reina la holganza, la miseria, la mendicidad y el parasitismo, y los pueblos que le albergan van al remolque de todas las naciones cultas. El obrero, el pueblo, tienen en el fraile su mayor enemigo, porque el fraile huye del desvalido, del que nada espera, y arranca al rico la dádiva que estaba destinada para enjugar muchas lágrimas y miserias. Hoy se nos quiere presentar como *trabajador* estrujando en sus asilos al huérfano, mientras él erupción de gases de una digestión digna de Heliogábalo. Mentiras son sus virtudes y su cultura, como mentiras son su cultura y su castidad. Digamos lo que ellos. ¿Quieres saber quién es el fraile?... Pues toma... y lee los embustes que sirven a sus rebaños.

FRAY GERUNDIO

Liberalismo monárquico

Interpretando el artículo del Concorato que autorizaba *tres órdenes religiosos* en España, la Monarquía ha introducido sin más ley ni derecho, *ciento cuarenta órdenes religiosas*.

El gobierno liberal defiende y sostiene esta ilegalidad y fraude.

A los cuarenta años de estar promulgada la Constitución que prohíbe molestar a nadie por sus ideas religiosas y forzar a los ciudadanos practicar actos del culto que no se profese, son encarcelados los españoles que no se descubren al paso de las procesiones.

No me extraña, pues, que Melquiades, demócrata ante todo, haya creído que debe ayudar a la monarquía en esa labor eminentemente democrática.

LA IGLESIA ROMANA

El túnel del Vaticano

«Roma.—Como los médicos para lograr el pleno restablecimiento del Papa, habían indicado la conveniencia de que Su Santidad diese largos paseos y se procurase el mayor número posible de distracciones, la Santa Sede ha adquirido un magnífico pinar, amplísimo y pintoresco posesión del gentil hombre pontificio conde Saechetti.

Estando la finca separada del Vaticano por una calle pública, se establecerá su comunicación mediante un túnel, para evitar que al trasladarse de un sitio a otro atraviase el Papá territorio italiano.»

Según la novísima teoría de la Santa Sede, el fondo de un pozo o las profundidades de una mina constituyen terreno neutral. Nuestro valladar, por ejemplo, o una simple alcantarilla no pertenecen al territorio español ni, claro está, a otro alguno.

Ahora nos explicamos ciertas impunidades! Porque si en las relaciones del derecho internacional muchos pueblos, para enjuiciar a sus delincuentes en otros puntos domiciliados, necesitan solicitar la extradición ¿a quién pedir la de quien reside en punto no sujeto a la acción de Estado alguno?

Este ardid papal, insignificante, al parecer, retrata toda la sutil política de la Iglesia romana.

A subterfugio análogo apeló el fraile que, interrogado acerca de la dirección que hubo de tomar un criminal perseguido, dijo: «Por aquí no pasó», al tiempo que enfundaba sus membrudos brazos en las holgadas mangas del hábito. «Ni delató al perseguido ni mintió»—comentan los sofistas. Los mismos que ahora, ante ese túnel que ha de conducir a un lugar de mundanas delicias, exclamarán: «De esta suerte, ni el Papa abandona su prisión, ni véase forzado a circunscribirla a los menguados recintos y reducidos jardines del Vaticano.»

¿No es ese el espíritu que guía los actos de la Iglesia romana? La sinuosidad en sus elucubraciones teológicas para, amparada

del equívoco y cerrando como distraída los oídos a la voz de la razón, dar apariencias de verdad y de lógica a las antinomias resultantes de los disparatados, absurdos principios dogmáticos y las verdades tangibles, evidentes de la realidad.

No ocurrió otra cosa desde los tiempos de las parábolas. «Si eres el Hijo de Dios—dijo Luzbel a Cristo—convierte esas piedras en pan». Y el mártir del Calvario, faltar acaso en aquella sazón de la asistencia sobrehumana para realizar el milagro a cuya realización le constreñía el Espíritu Malo, replicó como lo hiciera cualquier Ollendorf de nuestros días: «No sólo de pan vive el hombre, sino también de la palabra divina.»

Estas tretas no son de la exclusiva inventiva del catolicismo sino que llegan a todas las religiones; porque todas se esfuerzan vanamente en acoplar bellas fantasías a los hechos de la realidad y en retorcérlo imposible hasta ofrecerlo como cosa racional.

Cuentan que Mahoma, cuando se le interrogaba acerca de la suerte que los hijos de Alá correrían en la guerra, contestaba proféticamente: *Ibis, redibis; non morieris in bellum*. «Irás, volverás; no morirás en la guerra». Pero dejaba su vida en la lucha un consultante y si la familia pedía cuentas al Profeta, decía éste: «Yo dije a vuestro hijo: *Ibis. Redibis. Non morieris in bellum*. Irás. Volverás? No: morirás en la guerra». Y la profecía quedaba cumplida.

¿No hacen lo mismo los arbitrarios intérpretes de la Biblia? Todos los esfuerzos de esa Iglesia encaminanse al propósito de compaginar lo absurdo de sus leyes fundamentales con las que sólidamente elabora el progresivo desenvolvimiento de la Humanidad, o bien al intento de hermanar la adopción de actitudes que a su conveniencia importan con preceptos que a ellas se oponen, u otras reglas que como esenciales y eternamente inmutables fueron proclamadas.

He ahí un túnel simbólico, representativo de esas sutilísimas y cómodas artes catolicísimas por las cuales se exige a los demás lo que los definidores del dogma, la justicia y la moral romanas dejan de practicar.

Artes cada día menos eficaces, porque la perspicacia de los mortales pronto las adivina. Aunque los propios interesados, influidos del maldito espíritu del siglo, cuidan poco de recatarse, según el propio túnel nos enseña.

Antes los adalides de la religión pugaban porque su alma volase cuanto antes a las regiones cerúneas. Y es fama que en su afán de purificarla gozaban de grandes satisfacciones cuando sus cuerpos, llagados, eran corroídos por males repugnantes o carbonizados en tamañas parrillas; o bien, por abandonar presto este valle de lágrimas, hacían habitación del tronco de una encina y alimentábanse del humilde pasto que disputaban a la fauna silvestre.

Ahora, aun sufriendo el peso de numerosos lustrós, los descendientes de aquellos mártires buscan la salud del cuerpo en frescos y olorosos bosques de pinos, en donde la naturaleza prosigue su canto triunfal.

Habrán comprendido sin duda que el esfuerzo del hombre, arrancando incesantemente nuevos y halagüeños secretos a la vida terrenal, va haciéndola superior a la del Empíreo. Lo habrán comprendido, pero no lo confiesan.

¡Siempre el túnel sinuoso que oculta las obras y vela las intenciones!

V. MARCO MIRANDA

Beato perfecto

Lo fué el duque de La Meilleraye, mariscal de Francia, que vivió en la primera mitad del siglo XVII.

Según refiere un publicista, pretendió que sus hijas, jóvenes muy hermosas, se arrancaran los dientes superiores para que así no despertaran en los jóvenes tantas tentaciones.

Prohibía á las amas de cría que dieran de mamar á los niños los viernes de cuaresma.

Hizo romper ó mutilar estatuas, cuadros y tapicerías que había dejado el cardenal Mazarino, bajo el pretexto de que sus desnudos eran inmorales.

Lo que no pudo el publicista averiguar sin duda, cuando no lo dice, es si el ilustre mariscal católico hacía poner calzonnes á las patas de las sillas, como la pública miss del cuento.

La abjuración del catolicismo

Tenemos en España un estado jurídico absurdo, al cual la Dirección General de los Registros acaba de llevar un rayo de luz.

La profesión religiosa produce un estado civil especial privilegiado, que el egoísmo romano convierte en provecho suyo y á las veces en daño del interesado. El católico, por el mero hecho de serlo, deja de pertenecer á la nación y de estar sometido á sus leyes en varios grados de excepción, según el grado de su catolicismo y queda sometido á un extranjero, inaccesible é irresponsable. Veamos los tres principales.

1.º El simple seglar queda exento de las leyes civiles y de los tribunales nacionales, en cuanto á la constitución de la familia. El Estado no puede declarar legítimo ó ilegítimo su matrimonio, ni la descendencia, ni los derechos que en esos hechos radican. El Estado es simple ejecutor de los fallos y órdenes de los provisorios, de las Congregaciones romanas y aun del simple coadjutor.

2.º El clérigo, por el hecho de serlo, queda no sólo exento, sino forzosamente exento de las leyes de familia, de sucesión y del servicio militar ordinario. Puede con sus artes seducir á ser manceba suya á una mujer y procrear hijos; pero ni los hijos ni la mujer pueden jamás reclamar nada de él, ni ejercer sobre él derecho alguno. Podrá ser pública y notoria la paternidad, y sin embargo la ley, no sólo prohíbe al hijo reclamar de su padre tal derecho, sino que le niega el derecho de ser reconocido y de probar la filiación, aun cuando padre é hijo lo quieran. En el servicio militar, el clérigo no puede

ser utilizado en el servicio ordinario, sino que ha de serlo en su orden respectiva.

3.º El fraile tiene exenciones innumerables. Su hogar es inviolable para la ley civil y para el Estado. Está exento de todo servicio militar.

Tiene cementerio privilegiado. La Orden puede disponer de él dentro de la nación ó fuera de ella, sin que el Estado pueda oponerse á ello, y puede morir y ser enterrado sin conocimiento de la nación.

De modo que, dentro de la nación, hay una mayoría de ciudadanos «fuera de la ley nacional», constituyendo un Estado aparte. El soberano de estos ciudadanos vive en el Extranjero, con su curia y con sus oficiales, de cuyas prevenciones, fraudes, cohechos, atropellos é iniquidades no hay modo de apelar, ni siquiera de entender: mucho menos de castigar.

Son ciudadanos extranjeros, pertenecientes á un soberano sin territorio, que vive de alquilado, sin cuerpo administrativo residencial, sin garantía alguna personal ni material.

Lo menos que un Estado constituido podía exigir de tal señor extranjero, era un censo y registro de sus gentes, para saber cuántos y quénas son los privilegiados y exentos de la ley nacional; y esto es lo que está por nacer en España, y esta es la cuestión que la práctica suscita cada día.

—¿Quién es católico, y cuántos hay? El Estado no lo sabe, ni puede saberlo.

—¿Cuántos los casados y los hijos legítimos?—El Estado lo ignora. Hay matrimonios secretos y sentencias secretas de anulación de matrimonios.

—¿Quiénes son clérigos y frailes?—No lo sabe. Hay votos secretos y hay dispensas secretas.

Es decir: ¿Quiénes están dentro ó fuera de las leyes? El Legislador lo ignora, y lo ignoran los jueces encargados de ejecutarlas.

He aquí un Estado rarísimo, sin fronteras conocidas, de personalidad indefinida y que ni él mismo se conoce.

En la práctica, el Papa soberano ha respondido á tales preguntas en una forma que no se atreve á emplear el más desalmado cacique de las Pampas. «Es católico el que á mí me dé la gana» el que quiero que lo sea, lo será por fuerza, como Morote, por ejemplo. El que no me dé la gana, no lo será ni á tiros. Ejemplos: los que rechazo de mis cementerios.»

Derecho tal, propio de un país ultrasalvaje, ha llegado al punto de intolerabilidad que se ve en la disposición de la Dirección de Registros que se copia en otro lugar.

La cuestión que se ventila, es esta:

—¿Quién es católico?

—El que yo quiero que lo sea—dice la Iglesia.

—El que quiera serlo—replica el Director general.

Ahí están en colisión la Iglesia y el Estado, para acreditar la imposibilidad absoluta del Estado católico.

Según el catolicismo, á la Iglesia compete resolver la cuestión; el Estado no puede ser más que el ejecutor de sus sentencias; es decir, el alguacil, el verdugo y el fisco, á las órdenes de la Iglesia.

Pero ¿no estábamos en que la religión es un acto de la voluntad del individuo? ¿No tiene la Iglesia promulgadas unas leyes de excomunión, según las cuales el que las incurra *deja de ser católico*?

¿Tendría un Estado-Católico más dificultad para resolver esta cuestión, que exigir de los párrocos la presentación anual del censo parroquial de los fieles que han cumplido con la parroquia y tomado la Bula?

Tal parece que debiera ser el criterio legal en estas cuestiones. El que pasa dos años sin cumplir con la parroquia—dicen los cánones—es sospechoso de herejía, y hereje canónicamente.

Al producirse, pues, los conflictos en el terreno judicial, el camino no puede ser más expedito: presente el párroco las cédulas de comunión del interesado: si no las presenta, «no es católico», según los cánones del catolicismo concordado.

R. MAYOL

DIALOGO

Entre novios.

Ella, muy beata; él, muy liberal.

Ella.—Si nos casamos ¿abandonarás el cigarro?

El.—Si por cierto.

—Y la vida de caté?

—Seguro.

—Y la bebida?

—Cómo no?

—Y el librepensamiento?

—Ya lo creo!

—Y ahora ¿se te ocurre á ti abandonar alguna otra cosa espontáneamente?

—Sí, una.

—¿Cuál?

—La idea de casarme contigo.

El P. Miguel Mir
y
SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

LA RELIGION
al alcance de todos

Una peseta

EL MOTIN



QUE CADA LECTOR LE PONGA EL PIE QUE GUSTE

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.

Suma anterior.....	4053'08
Antonio Subías (Salas Altas)..	0'50
Joaquín Espluga (Cregensán)..	0'55
Un paisano de Bastual.....	1'00
Jacinto Martín (Sevilla).....	0'50
Félix Sandoval (Ventas de Vi- llalar).....	1'00
Enilio López (Torredembarra)	1'00
Un admirador de Nakens (Puer- to de Santa María).....	0'50
José León García (Pozoblanco)	1'00
Lorenzo Latorre (Chiva).....	1'00
José García Sánchez (Lumbra- les).....	0'50
José María Palenzuela (Guadix)	1'00
Melitón Rubio (Oñate).....	0'55
Marceliano Rubio (Idem).....	0'50
Juan Arasa Estrada, 0'75.—José Marro Cervera, 0'25.—Blas Gran Enrich, 0'25.—José Va- lles Lapuerta, 0'25.—Enrique Fausto, 0'50.—Francisco Ara- sa, 0'25.—Un anticlerical, 0'25. Un librepensador, 0'25.—Pe- dro Cugat, 0'25.—José Barbe- ra, 0'25.—Juan Estrada A. 0'25 Pedro Royo Querrí, 0'50.— José M. Estrada, 0'50. (Todos de Regués-Tortosa).....	4'50
Del Centro «Unión Republica- na Gracienense» (Barcelona), José Rovira Palau, Ernesto Spoerri, con 2'00. José Batllori, Antonio Solanas, Enrique Ló- pez, Juan Fusté, Pedro Ortega, Sebastián Castillo, Juan Casas, Ernesto Libre, José Martí B., Baudilio Balart, Antonio Soler, Francisco Font, Raimundo Ru- fiandes, Ramón Palau, con 1'00 M. Vila 0'90. Gabriel Dagniac, J. Barraceta, Unzueta, Casado, Casinos, con 0'60. Joaquín Ar- misen, Bienvenido Vilaseca, Jaime Camell, Guillermo Gar- cía, José García Sacín, Antonio Resena, con 0'50. Armisto, 0'35. José Benet, Salvador Sa- ló, Ramón Balart, con 0'25... Julio Magdalena (Sama de Lan- greo).....	26'00 9'00

Suma y sigue..... 4102'18

ARTÍCULOS FIAMBRES

La plebe

Sentiría no haber nacido plebeyo.
Será una debilidad, pero me enorgullece la idea de que mis ascendientes fueran esclavos y siervos, desgastaran con sus desnudos cuerpos las piedras de los calabozos y murieran en el cada'so.
Las cadenas que sujetaron sus pies, los

garfios que desgarraron sus carnes y los instrumentos del suplicio donde terminaron su vida, forman los cuarteles de mi escudo, así como mi blasón los suspiros que la angustia arrancó de su pecho, los gritos de rabia que les produjo el dolor, y la sangre que vertieron en el martirio.

Recuerdo que era casi un niño cuando visité las ruinas del Anfiteatro de Mérida. La tarde terminaba, y los últimos rayos del sol coloreaban aquellas piedras par-
duzas.

Mi imaginación reconstruyó el edificio que tenía ante mis ojos, y vi salir las fieras de sus cubiles y lanzarse sobre los esclavos y destrozarlos y devorarlos, y á las bellas matronas agitar sus pañuelos, en tanto que yo caía de rodillas al reconocer en aquellos cuerpos ensangrentados los huesos de mis huesos, la carne de mi carne

Nunca he pasado por las inmediaciones de un castillo feudal sin figurarme que vela colgando de sus almenas un antepasado mío que pagaba con su vida mi rescate.

¡Cuántos obstáculos vencidos, sacrificios soportados y existencias consumidas en la lucha por la libertad y el derecho! ¡Cuántos oscuros héroes ofreciéndose en holocausto para que hoy podamos nosotros alzar altivos la frente y mirar de igual á igual á todos!

Por eso desprecio al degenerado plebeyo que reniega de su estirpe, y más si pertenece á la clase inteligente que debería sonreírse al ver en pleno siglo XIX personas enamoradas de tales pequeñeces.

Un escritor plebeyo adulando á la aristocracia, cantando sus glorias, entusiasmándose con el recuerdo de tiempos que indignan ó avergüenzan, ó aceptando un puesto en un rincón de sus salones para pagar al día siguiente el hospedaje con un artículo describiendo la fiesta, es para mí un mercachifle de palabras sin dignidad ni orgullo. ¡Y si á lo menos lograra confundirse con los que adula! Mas no: la aristocracia se resigna á lo que no puede evitar, pero levanta siempre una barrera entre ella y las demás clases.

Y hace bien. ¿Como no creer en su superioridad al verse ensalzada por hombres de inteligencia salidos de las filas de la plebe, y que se disputan la honra de servirle, el honor de distraerla?

¿Si efectivamente habrá esclavos por naturaleza?

1878.

Redimir al cautivo

Trabajemos por los de abajo con la fe y la constancia que nuestros antepasados trabajaron por nosotros, hasta sacarlos del lodazal de la abyección en que se revuelcan.

Son rudos, son groseros, y tienen todos los vicios de la miseria, el fanatismo y la ignorancia; mas por lo mismo debemos tenderle la mano.

Habrá quien se escandalice de este lenguaje: me importa poco. La moda de las

declamaciones teatrales pasó, y hoy sabemos que se sirve mejor al pueblo hablandole la verdad que adulándole.

Si la miseria aniquila, la ignorancia esclaviza y el fanatismo embrutece, vincular las virtudes y las nobles cualidades en las víctimas de esa trinidad infame, sería un absurdo. ¿Qué representarían entonces el bienestar y la ilustración que pedimos para ellas?

La leyenda de los pueblos ignorantes y virtuosos, es... una leyenda. Mientras más se aparta el hombre de su origen, más se eleva y dignifica; cuanto más cerca está de la naturaleza, más se contunde con el animal.

Alejémosle del Paraíso y démosle el alma que no tiene, pues el alma existe, sólo que debe llamarse así á la inteligencia desarrollada y libre.

Si; trabajemos por los de abajo hasta redimirlos de la cautividad de la miseria, sin avergonzarnos de su rudeza, ni arredrarnos por su ingratitud. ¿Quién los defenderá, si nosotros, los que sabemos que es hambre y frío y abandono, les retirásemos nuestra protección?

Porque somos de los suyos, ni más ni menos. Como ellos eran nuestros padres, y como nuestros padres seríamos á no haberse encargado otros de rescatarnos.

Hay que tener el orgullo del abolengo; de este abolengo de penas y angustias, pero también de triunfos y gloria.

¿Cuál será el salario de estos servicios? El desprecio de los altos, la calumnia de los iguales y la ingratitud de los favorecidos. Lo sabemos; pero hay que obrar como si lo ignorásemos. Piensen otros en el premio; á nosotros nos basta con la satisfacción del deber cumplido.

Y hagamos esta ruda labor llana, sencillamente, sin elevarla á sacerdocio, rodearla de aparato, ni apelar á recursos de charlatanismo.

El procedimiento importa poco; que cada cual elija el que ha de emplear, siempre que conduzca al mismo fin.

Por mi parte, adopto el de remover los obstáculos que se opongan á nuestro propósito, abriendo á la vez un agujero en el calabozo de la ignorancia en que el pueblo yace, para que, al ver la luz, se avive en su pecho el noble y hermoso deseo de verse en libertad.

1883

A Demófilo

Me he fijado en varios párrafos de tu artículo *La Unión republicana*, en los que combates las ideas que defiende, y voy á contestarlos. Algunos me han producido impresión penosa. Dices:

«Los Sánchez, los Pérez, los González, que lo mismo gritan hoy que hay que derribar lo existente, que dicen mañana que están desengañados y se van con Cánovas ó con Comillas, no hay que contarlos como factores del producto político.»

Jamás he adulado al Pueblo. Ningún escritor demócrata le ha dicho lo que yo. Sin embargo, protexto de ese párrafo.

Esos *González*, esos *Pérez*, esos *Sánchez* a quienes con tal desdén tratas, son los que nutren nuestras filas, los que acuden a nuestros mítins, los que nos dan su voto, los que aplauden nuestros actos, los que nos permiten ufanarnos de que tenemos fuerza. Y no son esos, no, los que se van con Cánovas ni con Comillas; son otros, los que tienen palabra que vender, pluma que alquilar... ¡Pero ellos! ¡Pobrecillos! Si cayeran un día en la mala tentación de irse a la monarquía, en el pecado llevarían la penitencia. ¿Qué les iba a dar.

Pienso en esto de distinto modo que tú. Para mí, todo el que ha permanecido hasta hoy fiel a una República de que bien poco puede esperar mañana, hable o calle, se resigne o vocifere, es digno de respeto. Puede ser un fanático, hasta un ignorante, mas nunca merecerá el desprecio de los que debemos tender la mano a todo el que está abajo. Exceptuó a los que se mueven por móviles reprochables; estos merecen desprecio y execración, no por altos ni por bajos, ni por *Sánchez* ni por *Pérez*, ni por *González*, sino por miserables, por indignos...

Y no es que yo crea que esos *Sánchez* y esos *González* y esos *Pérez* han cumplido ni cumplen su deber: si há tiempo se hubieran negado a secundar mogigangas electorales aun disgustando a los jefes, no estuviéramos como estamos.

Veo expuestas ideas bien extrañas en quienes blasonan de demócratas.

Un día el Dr. Fraguas, catedrático y salmeroniano, dice textualmente:

«Pretender el gobierno del pueblo por el pueblo con cerca de doce millones de ignorantes en un país de diez y siete, es más una empresa de fanatismo político avocada con el abuso y el capricho, que una obra de sensatez y patriotismo.»

Otro día un periódico republicano de Galicia truena contra la brutalidad del número.

Y ahora vienes tú, *Demófilo*, desdeñando y zahiriendo a los *González*, los *Pérez* y los *Sánchez*.

Lo de Fraguas se refuta por sí mismo. Si en tantos siglos de monarquía el pueblo no ha salido de su ignorancia, ¿cuándo va a redimirse si no se establece la República? Luego urge traerla, aunque sólo sea para ponerle en condiciones de que se ilustre.

Lo de la brutalidad del número es concepto que no me explico dentro de régimen basado en el sufragio universal.

Y a lo que tú, *Demófilo* has dicho, contesto:

No he atacado nunca los prestigios por el deseo de que acaben; sólo he pretendido que quienes los tengan, justifiquen que los merecen. Tengo tan alta idea de mí, que no me estorba nadie; mas esto no me impide reconocer que todos, absolutamente todos, hacemos falta para salvar la patria. Por sencillo que sea el mecanismo de una máquina, la rueda grande es tan necesaria como el tornillo más chico; inutilizado cualquiera, la máquina no funciona.

Admiro, como tú, a los hombres que valen; me agrada entenderme con ellos mejor que con los ignorantes: no he solicitado jamás el voto de un correligionario para nada; no acudo a los sitios donde se cosechan aplausos; y no obstante, considero a los *Sánchez*, los *Pérez* y los *González* tan necesarios en la democracia como los Salmerones y los Pl, aparte de que éstos no podrían existir sin aquellos:

«que no hubiese un capitán, si no hubiera un labrador.»

«Callado, silencioso, llamando botarate al que le trata las gallinas, Cánovas ha sido, al fin, el hombre de la restauración, porque tenía más cabeza que todos los restauradores.»

Si; pero callado y silencioso conspiraba, no utilizando su prestigio para vanas exhibiciones personales ni para mantener dentro del alfonsismo diferenciaciones perjudiciales en la oposición. Atraer, congrega, unir, he aquí la labor de Cánovas durante la revolución; y para fortificarla, prescindió de las ideas estrechas que hasta entonces había mantenido, y transigió con la mayoría de las impuestas en el período revolucionario. Y así, a los seis años logró el triunfo. De nada le habría servido tener más cabeza que sus correligionarios, si no hubiese procurado en primer término ponerse en condiciones de demostrar que la tenía.

¿Han hecho lo mismo nuestros hombres? No, sino todo lo contrario. Cánovas, con gran sentido de la realidad, no se quedó rezagado en el 68: nuestros hombres no han acertado aún a salir del 73. Las mismas divisiones, las mismas rencillas, las mismas pequeñeces que los dividieron entonces los mantienen separados ahora; han dado carácter de petrificación a la consecuencia, han elevado a dogma su respectivo programa, y, transformando sus microscópicas asambleas en concilios, se han hecho decretar la infabilidad.

¿Cuál de ellos, por atraer elementos, ha prescindido de sus peculiares ideas? ¿Ha habido uno siquiera que, poniéndose al unísono con la aspiración republicana, haya disuelto la agrupación que comandaba? ¿Donde está el que, rindiendo parias al patriotismo de que todos alardean, haya propuesto una solución en que para nada entre el espíritu de secta?

Y si han sido así, y así son, ¿a qué compararlos con Cánovas, que atrajo a su causa elementos revolucionarios y abandonó a los moderados a pesar de que sus ideas encajaban mejor dentro de la monarquía restaurada, y todo para hacer ésta viable?

Hay además otro argumento ¿No son nuestros hombres de hoy los mismos que perdieron la República el 73, a pesar de tener más cabeza que sus correligionarios? Pues con seguridad que si a Cánovas le hubieran entregado una restauración y se la hubiese dejado arrebatar, no habrían tenido sus partidarios gran empeño luego en poner otra en sus manos. Sin dejar de reconocer que tenía más cabeza que todos, se hubieran guardado de colocarle

en condiciones de desacreditarse nuevamente demostrando que la tal cabeza no le servía para conservar restauraciones.

Buena es tener entendimiento; pero, en política, mejor es tener voluntad.

«Si hay en España condiciones para hacer viable una República es precisamente por esto, porque una pléyade de hombres insignes ha consagrado su existencia, con una fe devota, al culto de la República.»

«Los mismos que ya han muerto nos darán su savia para mantener las instituciones republicanas. Si la República está aquí madura y puede mañana mismo convertirse en Gobierno, es precisamente por eso, por la devoción inmaculada que la han consagrado una pléyade de hombres del más elevado pensamiento y las más altas virtudes.»

«Una República española que no se sustente en esas raíces profundas, una República de *Sánchez* y *Pérez* y otros vociferadores de un día, no serviría más que para provocar una mueca de burla en el campo republicano.»

Cierto; la idea republicana debe mucho a los hombres de inteligencia, y los hombres de inteligencia son indispensables para gobernar, aun cuando en ocasiones, como ocurrió el 73, hubiéramos cambiado a gusto cien hombres de entendimiento, por uno de voluntad; doscientos insignes, por un enérgico; trescientos virtuosos, por un hombre de Estado.

Pero ¿qué ¿no representan nada, no sirven a la idea republicana, tanto o más que ellos, esa multitud de *Sánchez* y *Pérez*, que sin ambiciones personales ni satisfacciones de vanidad, ha pasado estos veintidós mortales años excluida de todo provecho social, acudiendo a votar cuando se le ha ordenado, retrayéndose cuando se le ha dicho, dispuesta a sacrificarse en cuanto se le hubiera ordenado? Su situación, si abandona la idea republicana no sería peor de lo que es; para muchos individuos sería mejor; y esto no obstante, permanecen fieles, resignados, atentos siempre a la palabra de esa pléyade de hombres de elevado pensamiento y altas virtudes, que ni ha empleado aquél en redimirlos, ni sacrificado una de éstas en bien suyo, ni una idea secundaria, ni un punto de su credo, ni siquiera un adarme de amor propio.

Todos esos *Sánchez*, esos *Pérez*, esos *González* y demás patronímicos que nutren las filas democráticas, confiando siempre en los hombres, defendiendo las ideas, deseando un pretexto para admirar y una ocasión para aplaudir, no merecen que se les trate de ese modo. Si alguno de ellos grita, ¿qué menos puede hacer después de cuatro lustros de egoismos y de torpezas por parte de los que los buscan y halagan cuando necesitan su voto, y luego hasta les dicen que no tienen hierro en el cerebro? ¿Qué aristocracia de nuevo cuño se trata de crear? ¿O es que hay quien supone, porque ha visto resignado al Pueblo tanto tiempo, que sonó ya la hora de convertir la democracia en una especie de feudalismo en que el siervo acuda a la voz de su señor para ayudarle en la pelea, y después

se vuelva resignado al terruño para sustentarle con su trabajo?

El Pueblo, como todo lo que representa una gran fuerza; el mar, el viento, el fuego, tiene sus inconvenientes y crece sus peligros; más como el fuego, el viento y el mar, purifica, impulsa y sostiene; y así como no se comprendería la vida de la civilización sin esas tres fuerzas poderosas convenientemente dirigidas y aplicadas, tampoco se comprende la vida de la democracia sin el movimiento, sin las agitaciones, hasta sin las vehemencias y los arrebatos de esos *Sánchez*, esos *Pérez*, esos *González* y demás millones de ignorantes á que alude.

Y no se me hable de chusma para disculpar esos ataques al Pueblo, porque yo no la defiende ni la he defendido nunca. La chusma para mí no son los *Sánchez*, los *Pérez* ni los *González*. La chusma para mí... es la chusma, así se apellide Téllez de Girón, Álvarez de Toledo, Fernández de Córdoba...

1896.

Japón

La propaganda cristiana anda muy visiblemente de baja en el Japón. Yoshito Oyama, anticlerical y socialista notorio (el anticlericalismo progresa al mismo tiempo que el socialismo), comunica las siguientes cifras, sacadas de la estadística oficial:

La población del imperio es de 51.281.091 habitantes. Los misioneros japoneses son, en número, 2.376; los cristianos japoneses, 52.972; los misioneros extranjeros, 406; los templos, iglesias ó lugares de reunión, 2.017. La proporción de los cristianos es, pues, insignificante. ¿Por qué?

Hace una treintena de años que se está efectuando una verdadera revolución en el espíritu del Japón. La *élite* intelectual japonesa—y esto por el hecho de una predisposición marcada por el budismo—se ha adherido mucho más pronto que nosotros á las doctrinas científicas modernas. Es un hecho establecido que la doctrina de la evolución ha reformado las ideas de la mayor parte de los ambientes intelectuales del Japón.

Kaisei Matsumura atribuye este gran cambio de opinión á razones exegéticas de que se han penetrado todos los espíritus elevados.

El Dr. Fukmai, profesor agregado al Colegio de Literatura en la Universidad Imperial de Tokio, escribe en el *To Anohikari*: «No hay tal vida futura, porque: 1.º, ningún hombre de los que se dice que han ido al otro mundo se ha comunicado con sus semejantes de esta tierra; 2.º, si para una explicación científica de nuestra vida en este mundo fuese necesario admitir la existencia de una vida futura, podría admitírsela, pero no existe ninguna necesidad de este género; 3.º, si con la creencia en una vida futura pudiesen los hombres obtener un alívio real á los ma-

les que sufren en esta vida, sería algo disculpable esta creencia, pero siendo esto imposible, no se gana nada teniendo esta fe.»

Los japoneses son espíritus *positivos* en la acepción absoluta de esta palabra. Cada vez irán admitiendo menos las ideas cristianas. En cambio, les satisfacen plenamente las verdades filosóficas, y de aquí arranca la bancarrota de la propaganda de los misioneros.

DR. F. A.

De Barcelona

Crímenes impunes

Han quedado en la impunidad los crímenes de Granollers perpetrados por los carlistas. Yo no quise decirlo antes; pero durante la vista se sabía ya en Barcelona que el Jurado declararía la inculpabilidad de los acusados por homicidio y heridas. De los quince sujetos que comparecieron ante el tribunal de justicia, sólo cuatro han sido castigados con penas leves por disparo de armas de fuego y desorden público. Nadie va á presidio por el asesinato de Miguel Masó.

Un Jurado pusilánime, sin valor cívico ni personal, que desconoce los deberes del ciudadano y que ha temido á las «brownings» del «requeté», salió de Granollers para venir á esta Audiencia con el acuerdo de absolver á los homicidas.

Se consideraba autor á Francisco Pajés, presidente del Círculo carlista de Granollers, de las graves lesiones á Homs, y Pajés ha sido absuelto de este delito; se consideraba autor de la muerte de Masó á Felipe Llovet, y este acólito sin ordenes, más cerca del antropoide que del «homo sapiens» de Linneo, verdadera furia del catolicismo intransigente, que no sabe leer y si ayudar á misa, salió de la Audiencia libre como el pájaro y lavado de toda culpa. Del otro homicidio y de los otros delitos no se pudo determinar quiénes fueron los autores; pero contra Pajés y el Llovet había pruebas abrumadoras. Contra el primero declararon varios testigos, y tres del modo más concluyente contra el Llovet. Los tres le vieron dar de puñaladas á Miguel Masó.

A pesar de esto, el Jurado de Granollers los ha declarado inocentes, y en la calle los tenemos dispuestos á tomar parte en cuantas «cacerías» acuerde el «requeté». Existe la costumbre de dejar sin castigo los crímenes de la política; pero ni siquiera esta mala costumbre abonaba el veredicto del Jurado de Granollers. Lo ocurrido en la Unión Liberal de la invicta villa no merece los honores de ser incluido en el número de nuestras discrdias políticas. Allí no hubo provocaciones ni pelea entre bandos opuestos. Allí hubo una acometida inesperada, una agresión salvaje y sin precedentes. Allí se ametralló y se apuñaló á una multitud inerme y confiada, que en uso de un derecho había concurrido á un «meeting» liberal.

Dejar sin castigo esta villanía es dar carta de naturaleza al «requeté» para todo linaje de delitos. Precisamente, después del homicidio de la Barceloneta, de la puñalada al Sr. Ulled, dada en plena Rambla, de la matanza de San Feliú y de las continuas provocaciones de los jaimistas, todo aconsejaba un duro y justiciero escarmiento, todo clamaba por la condena de los canibales de Granollers, y esos canibales, incapaces para la vida del derecho, han quedado en la calle, libres los brazos y sin bozal, sin que con ellos se haya tomado medida de precaución alguna para la seguridad del transeunte y del orden público.

Con estas imperdonables lenidades no se hace más que dar alas al «requeté», contribuir indirectamente al desasosiego de Barcelona y relajar en los ciudadanos el sentimiento de justicia.

El veredicto del Jurado de Granollers acarreará nuevos crímenes, pues el «requeté», contando con la impunidad, sabiendo que no ha de ser castigado, aprovechará la primera ocasión que se le presente para satisfacer una vez más sus instintos de fiera.

En espera de esta ocasión, á ciencia y paciencia de las autoridades eclesiásticas de esta diócesis, se sortean «brownings» en los círculos católicos de Barcelona, y en ellos se hace la apología de villanías como la de San Feliú y esotra de Granollers, sobre la cual se ha pasado la espada de la indulgencia en perjuicio de la vida humana, de la moral y de la justicia, sobre todo de la justicia, sin la cual no pueden vivir los pueblos.

ADOLFO MARSILLACH

El matrimonio civil

Multa y proceso de un juez municipal

La *Gaceta* ha publicado, en su número del día 5 del actual, la siguiente resolución de la Dirección de los Registros y del Notariado:

«Vista la instancia dirigida al juez municipal de... con fecha 31 de Agosto último, en la que N. N. y N. N., vecinos de dicha población solicitaron del Juzgado, acompañando los documentos necesarios, que se instruyesen las diligencias previas para el matrimonio civil que pensaban contraer, declarando no pertenecer á la religión católica; y la providencia denegatoria que dictó el mismo juez fundado en que constaba de un modo fehaciente que los recurrentes pertenecían á la religión católica y no habían demostrado estar separados de ella ni reconocido otra alguna:

Vistos el párrafo 2.º del artículo 11 de la vigente Constitución de la monarquía, los artículos 2.º y 42 del Código civil, las órdenes resolutorias de 28 de Junio de 1880 y 28 de Diciembre de 1900, la real orden de 28 de Febrero de 1907, así como el párrafo último del artículo 369 del Código penal y el 269 de la ley de Enjuiciamiento criminal:

Considerando que ha sido y es criterio constante de interpretación, del citado artículo 42 con reducidas y efímeras de...

viaciones, que la declaración hecha por ambos ó uno solo de los que pretendan contraer matrimonio civil, de no profesar la religión católica, basta para exceptuarlos de la imposición contenida en la primera parte del citado artículo:

Considerando que esta declaración expresa la han hecho N. N. y N. N. en el escrito presentado al juez municipal de... en 31 de Agosto del año último, que dice: «... desean contraer matrimonio civil, por no pertenecer á la religión católica y conforme á las disposiciones vigentes, artículos 42 y siguientes del Código civil, para cuyo efecto acompañan á esta declaración los necesarios documentos»...

Considerando que al proveer á esta petición el juez municipal de... en 16 de Septiembre inmediato, desestimando la pretensión deducida en el escrito de referencia, «por cuanto que los recurrentes consta de un modo fehaciente pertenecen á la religión católica y no han demostrado ni antes ni después al matrimonio proyectado estar separados ni conocido otra religión que la católica apostólica romana», infringe las primeras de las disposiciones citadas al principio, desconoce un derecho atribuido á los solicitantes, ejercitado en forma legal, á pretexto tan exorbitante como el de suponer que autorice la ley, ni pueda existir ni prevalecer contra ella otra prueba del estado de conciencia, de naturaleza tan íntima y respetable como la solemne declaración del interesado:

Considerando, por último, que no son los jueces municipales en todo caso los funcionarios encargados de discernir la permanencia ó alejamiento de la comunidad de fieles de la Iglesia católica apostólica romana, y en este sentido, y para el caso no suscitado de desacuerdo sobre el particular entre autoridades civiles y eclesiásticas, el párrafo 3.º de la real orden de 28 de Febrero de 1907 establece un procedimiento que no ha seguido el juez municipal de...

S. M. el rey (q. D. g.) se ha servido disponer:

1.º Que se remita al fiscal de la Audiencia de... la instancia extractada para que promueva, si procediere, la incoación del oportuno sumario contra el juez municipal de..., quien parece incurrido en la responsabilidad señalada en el artículo 369 del Código Penal, y que dé cuenta á este ministerio del recibo de la orden y de su cumplimiento.

2.º Que se imponga al repetido juez municipal la multa de 100 pesetas, cuya exacción será encomendada al juez de primera instancia de...

3.º Que se ordene al nombrado juez de primera instancia que requiera á los interesados para que reproduzcan su instancia, acompañada de los documentos oportunos, ante el dicho juez municipal, y á éste para que admita y tramite sin dilación el oportuno expediente, bajo apercibimiento de proceder contra él á lo que haya lugar.

4.º Que esta resolución se publique en la *Gaceta de Madrid* y en el *Boletín Oficial* de este ministerio.

De real orden, comunicada por el excelentísimo señor ministro de Gracia y Justicia, lo digo á V. S. para su conocimiento y fines expresados.

El director general, Fernando Weyler.
Señor fiscal de la Audiencia de...



La nación católica y los nacionales

«Las cifras de 1912, dice *El Imparcial*, acusan un aumento de 84.000 emigrantes; es decir, un 70 por 100 sobre las de 1909, primeras recogidas con una estadística razonable; y si se tiene en cuenta además que no tenemos más que 37 habitantes por kilómetro, en tanto que Austria tiene 72 é Italia 117, bien se comprenderá que la progresión que nuestra emigración acusa constituye una verdadera base de despoblación que no puede ser compensada por el ejército, un poco fantástico, de millones que ciertos estadísticos han calculado cuando de formar nuestra balanza de pagos y cobros se ha tratado, ó cuando se ha querido razonar como un inapreciable bien el que España sea abandonada por un número cada día mayor de sus hijos.

Ciento noventa y cuatro mil emigrantes han salido en el año último; 154.000 en el anterior; 136.000 en el que le precedió, y 111.000 en 1909. En total: 599.000 habitantes mal contados, porque en ellos no se incluye la emigración clandestina que se hace por Gibraltar y las fronteras; es decir, algo más que la población de Madrid ó Barcelona; una capital de las mejores de España, un ejército de gente joven que, á buen seguro, preferiría enriquecerse en su patria, al mismo tiempo que cooperar al enriquecimiento de ella. ¿Quién no ha de ver con tristeza que un capital de tanta consideración emigra de España por imposibilidad de encontrar remuneración adecuada y las condiciones de vida necesarias?»

A lo cual debo responder:

Yo, yo soy uno de los que no ven con tristeza esa emigración. Noto que por cada docena de trabajadores que se va viene un fraile, y esto me hace pensar en la hermosa ley de las compensaciones.

Sonsonete liberal

El presidente del Consejo ha dicho:

«Fué á Gracia y Justicia y dicté la Real orden sobre el matrimonio civil. Mi anhelo era visible; pero acaso entonces, excedido por el gobernante el límite que consentía el complejo entrecruzamiento de las corrientes espirituales de nuestra sociedad, no hubo exacta relación entre la iniciativa de Gobierno y la realidad, y la Real orden fué derogada entre el silencio de las izquierdas, sin que al derogarla hubiese una protesta que revelase el dolor ó impresión siquiera en una fibra del cuerpo nacional.»

¡Las izquierdas! ¡Siempre las izquierdas!

Y cuando las izquierdas respondieron á los requerimientos de Romanones en lo del catecismo, ¿por qué agotó él sus recursos para impedirles hablar?

Pero además, ¿qué era eso del matrimonio civil? Prohibir á los jueces municipales que ejercieran de esbirros de la Inquisición, preguntando á los contrayentes si eran ó no católicos. ¡Vaya una con-

quista! ¿Si quería el conde que por tal futesa las izquierdas se echaran á la calle?

Lo poco que valía ese avance de Romanones, lo probó que para derogarlo no necesitaron moverse siquiera las extranjeros: bastóse Guisasaola, secundado por el obispo de Tuy.

Y mientras el conde y sus amigos callaban en las Cortes, las izquierdas de Valencia decretaron el destierro del arzobispo, que no se atrevió ó volver allá sino escoltado por las bayonetas, y con el alma en un jay!

¿Qué quería el conde que hicieran las izquierdas: hacer picadillo al arzobispo? Y en tal caso ¿qué habría hecho el conde que hoy, ni aun siendo presidente del Consejo, sabe vengar los ultrajes de aquella famosa pastoral?

Convengamos en que el bollo aquel no valía los coscorriones de una lucha de las izquierdas, como no lo vale lo del catecismo, ni cuanto el conde ha hecho.

Verdad es que al lado de esos conatos de liberalismo monárquico figuran estas realidades reaccionarias:

Ley de jurisdicciones. Peste de frailes. Frailes exentos del servicio. El concordato acribillado. Millones á Roma. El Nuncio en carroza y el pueblo apaleado y sin camisa.

Y esto en el siglo XX, año de 1913, siendo gobierno el anticlerical conde de Romanones. Si llega á ser clerical... ¡santo cielo y lo que ocurriría! La monarquía jesuita del Paraguay ó el imperio fraileluno de Filipinas se quedarían en mantillas.

¿Un cura bueno?

Mosén Francisco

Para D. José Nakens.

Aquí, en Irún, si preguntáis á las gentes, á las gentes humildes, por Mosén Francisco, os contestarán invariablemente que es una buena persona.

Si váis en busca de ese cura que los pobres llaman bueno, seguro es que no le encontraréis en la iglesia, en la sacristía, en su casa.

Muy temprano, cuando el día rompe con las tinieblas, Mosén Francisco ha cumplido su misión en la casa de su dios... y, por tanto, á ella no vuelve hasta el siguiente día.

Mosén Francisco tiene su libretita mugrienta, un paño de lágrimas, en la que aparecen estampados una porción de nombres de desvalidos... y, cuando después de haber ofrendado al Todopoderoso—de alguna manera he de llamarle—el sacrificio de la misa, sale á la calle, lo primero que hace es entrar en la farmacia, en la tienda de muebles ó en la de ultramarinos para emplear el producto de las misas de dos ó tres días en aquello que hace falta á los pobres que «viven en su libreta».

Un muy amigo mío, republicano, anticlerical, librepensador de «hecho», decía-me no há muchos días: «Ese cura es el único bueno que conozco.»

Mosén Francisco no practica la caridad á cambio de padrenuestros ni de apostasías. Da cuanto gana por la mañana, muy temprano, á los pobres, porque Jesucristo se lo enseñó.

Mosén Francisco no es un reaccionario, respeta todo género de ideas, acata el progreso, lee, estudia, pero á nadie dice su opinión. Cuando es necesaria su presencia para aliviar la situación material de un ateo, allá va él, socorre, conversa, sonríe, ni tan siquiera un reproche... ¿filosofa?

El clero de Irún odia cordialmente, declaradamente á Mosén Francisco.

Mosén Francisco no acude á las partidas de «tute» que se juegan en la sacristía, no une su voz á la de los compañeros para criticar á ésta ó aquella persona, ni para hacer coro contra determinada política, y menos aún para discutir lo que dice Cirici Ventalló.

Esto trajo á Mosén Francisco un disgusto morrocotudo. Un día acababa de salir de una casa humilde, cuando se vió agredido por sus «compañeros de oficio», le propinaron sendos bofetones, le llamaron «liberal», enemigo de Dios, y al otro día repitieron la hazaña en la sacristía. Mosén Francisco guardó cama.

No hace muchos días quise verle, y lo gré mi objeto.

Fuíme á una callejuela, asiento de gentes reñidas con la fortuna, esperé unos instantes.

—Aquí—decía yo—es seguro que estará EL.

Y á los pocos minutos su silueta, su cuerpo chato, apareció en el dintel de una puerta. Me acerqué, le saludé cariñosamente, y conversamos.

Yo no conocía personalmente á Mosén Francisco; pero ahora, después de cruzar con él unas palabras, me parece simpático, culto, bueno...

—A usted—me decía el buen cura—le quieren mal los católicos, y los curas echan pestes de su periódico. Tenga cuidado, que son muy mal intencionados... y pueden hacerle «algo»...

Este «algo» lo pronunció un tanto fuerte, y con ello me indicó bastante. Ya ve remos...

—¿Cuántos pobres tiene usted?

—Muchos; cada día hay uno nuevo, cada día aumentan los pobres...—me contestó.

—¿...?

—Todo lo que gano es para ellos... Yo escasamente puedo comer; no tengo muebles, porque los di á los necesitados, y cuando algún creyente quiere dedicar una misa á la memoria de un sér para él querido, yo la digo gratuitamente...

Mosén Francisco es una persona cortés, educada. Cuando alguien pasa por su lado, saluda cariñosamente, aunque algunas veces la ingratitud humana no le corresponde.

Yo he llegado á creer con mi amigo el anticlerical, el librepensador de «hecho»: Ese cura es el único bueno que conozco.

Ahí tiene usted, querido Nakens, un cura diferente de lo que son los demás.

Envidiosos, altaneros, mercachifles bíblicos, mujeriegos—véase, si no, el crimen clerical descubierto en Pamplona—, engendros de una sociedad embrutecida,

que lo mismo agarran el trabuco que el rosario que practican la caridad á cambio de concesiones, las más de las veces denigrantes, que seducen lo mismo á la niña que á las casadas, escoria maldita que debe desaparecer por razones de salud pública...

Eso, y todavía más, son los representantes de Cristo en la tierra.

Por eso yo admiro á Mosén Francisco. Si dejara los hábitos, únicos restos de su fe religiosa, le querría tal vez como á un hermano.

Pero mientras tanto viste el traje talar para socorrer á desvalidos, solamente soy admirador, justiciero...

JULIO GRACO

Irún.

La Bandera Federal

Cosas de chicos

Una madre acaba de decirle á su hijo, de ocho años de edad, que Dios lo puede todo.

El niño medita un rato sobre ello: de pronto le brillan los ojos, y con sonrisa picaresca, pregunta:

—Entonces, mamá, dime: ¿puede Dios dar de pronto un salto desde el cielo hasta la tierra y otro después para volverse al cielo?

La madre trata de eludir la respuesta, diciéndole que Dios no es como los hombres.

Pero al niño no le satisface esa contestación indirecta y exclama con aire triunfal.

—¡Lo de siempre!.. Empiezan ustedes por decir que Dios lo puede todo, y en cuanto se trata de una cosa difícil, resulta que no saben si es capaz de hacerla.

Freidenker (Milwaukee).

LAS ÚLTIMAS CUARTILLAS DE MOROTE

La cruz constantiniana

Madrid está hecho un adefesio. Por todas las calles de la villa y corte hay colgaduras de día y luminarias de noche, celebrando una fiesta que los más de los festejadores no saben lo que significa. Han recibido la consigna, y como verdadero rebaño de almas que son, la obedecen. ¡Pobres éres creyentes ó inocentes que imaginan conmemorar el triunfo de la cruz!

La cruz Constantiniana significó en la Historia del Imperio Romano lo que la paz de Westfalia en la Europa, que había salido de las tinieblas de la Edad Media. Y la prueba de que la Iglesia católica ni entonces ni ahora comprendió jamás la virtud de la tolerancia, es que muchos siglos después de Constantino se hizo más necesaria la paz de Westfalia para garantizar un principio que el emperador romano había consagrado.

El Imperio romano, entregado al paganismo, que era una especie de catoli-

cismo de entonces, es decir, una religión oficial, y por tanto tiránica y opresora, se moría por efecto de esa tiranía. Se perseguía implacablemente, aspidamente, bárbaramente á los cristianos, porque éstos eran, además de sectarios de una nueva religión, adeptos de una fuerza revolucionaria y hasta anarquista. Con sus predicaciones, y sobre todo con sus ejemplos de heroísmo, eran un perenne peligro para el Estado.

No habla más que dos caminos para reducir á los cristianos: ó matarlos á todos ó reconocerles el derecho á la vida y con la vida á adorar el Dios que creyeran verdadero. Matarlos á todos era imposible. Emperadores atroces y bárbaros lo intentaron y no consiguieron nada, ó por mejor decir, lograron lo contrario. A cada nueva matanza de cristianos arrojados á las fieras del circo aumentaba su número. Como que no hay nada como el martirio para asegurar el triunfo de una doctrina y de una causa.

Entonces un emperador político discurrió que la paz era una cosa más benéfica que la guerra, y que el único modo de tener paz era el reconocimiento del Cristianismo, de su derecho perfecto á instalar al aire y al sol su culto. Constantino fué el grande político de su tiempo, el que proclamó la verdad eterna de que no hay método mejor de hacer inofensiva una creencia religiosa—y por su naturaleza todas son dañinas—que reconocerla su derecho á la libertad.

Tras la libertad, y como no la reputaba bastante, vino el privilegio. De doctrina perseguida se convirtió en perseguidora. Todos los martirios que la infligió el paganismo, los devolvió con creces la Iglesia romana. No se acordó más de que había martirizado á sus fieles y se dedicó á martirizar á los que en adelante consideraba como infieles. Desde Constantino acá se ha derramado infinitamente más sangre que pudieran verter los dioses del paganismo.

Y he aquí que los católicos españoles cuelgan é iluminan sus balcones en recuerdo de esa sangre derramada en nombre de la cruz... ¿Puede darse un absurdo igual?

Si se levantara una estatua al emperador Constantino, debían poner en sus bajo-relieves la historia sangrienta de las matanzas perpetradas por la intolerancia, las pasadas matanzas de cristianos y las nuevas matanzas de herejes. Y como esto no estaba en el pensamiento del emperador político, éste debe renegar de sus propósitos de paz jamás cumplidos.

LUIS MOROTE

Pasando el rato...

Memorias de un buen católico del siglo XIX, y recuerdos de un idem del siglo XX.

¡Dios mío! ¡Dios de los gobiernos liberales y de los países bien gobernados!... ¿Es justo lo que á mí me pasa?

Yo soy español: tengo e precaución, a

aunque me esté mal el decirlo. Yo nací en Galicia. Nací sin tener arte ni parte en ello, ni mis padres tampoco, porque ellos se casaron y... ¿qué está uno?

A poco de nacer me llevaron a la Iglesia. ¡Mire usted qué desgracia!... No tenía yo dos días de edad cuando ya empezó la Iglesia a tener que ver conmigo. Fue la primera persona con quien traté. ¿Por qué, Dios mío, por qué?

Me llevaron a la Iglesia; allí me cogió el sacristán debajo del brazo, —¿qué valientes con los recién nacidos!— y un cura me echó una rociada de agua por la nuca que me constipó.

Dicen que lloraba yo como un desesperado. ¡Ya lo creo! Aquello era el bautismo. Aquello era indispensable y necesario de toda necesidad (según la Iglesia...) ¡Y aquello costó una porción de reales!... Supongamos que mis padres no hubiesen tenido esos realejos para pagar ese sacramentito. Me hubiera quedado sin bautizar... ¿Y qué hubiera sido de mí? ¡No lo sé, Dios mío, no lo sé!... En fin, se arregló la cosa y quedé tan completo.

Pues, señor, comencé a vivir con el trabajo y con las fatigas consiguientes al que vive. Porque ¡cuidado que es difícil vivir!...

Creí, y en esto sí que no tuvo parte la Iglesia. No, señor, me dejó crecer todo lo que me dió la gana. Gracias le sean dadas por mi desarrollo feliz.

Fui joven. En esto me parece que no ofendí a nadie.

Pero he aquí que me enseñan a no pasar mucho tiempo sin confesar. ¡Confesar! ¿Qué viene a ser eso? decía yo a mis maestros. —Confesar es ir a la Iglesia... —¡Hombre! ¿Otra vez? ¡Me voy a constipar! —Es ir a la Iglesia y decirle al cura todo lo que uno ha pecado; y el cura absuelve al pecador... —Diga usted, y al cura ¿quién le absuelve?

—¡Cállate, condenado! El cura absuelve al pecador, o no lo absuelve. —Y cuando no lo absuelve ¿qué le pasa? —¡Chiquillo! —Pero diga usted, ¿qué le pasa? —Allá lo verás. Ve a confesarte y cumple con la Iglesia.

Y fui a confesar. Sí, Dios mío, fui a confesar con la mejor buena fe del mundo. El cura me preguntó una porción de cosas. Entre ellas, que si me gustaban las muchachas. —¡Muchísimo! le dije yo. Y se enfadó el cura. ¿Por qué, Dios mío, por qué? ¿Qué mal hay en ello? ¿Es culpa mía si me gustan las muchachas? ¿A quién no le gustan, Dios mío, a quién...?

Luego me preguntó si iba a misa todos los días de fiesta. —No, padre, le dije yo. Hay días que llego tarde. ¡Cómo se puso el cura al oír esto! Yo estaba temblando no me fuera a dar un sopapo. ¡Como son así!... A la otra pregunta que me hizo ya no me atreví a decirle la verdad, porque no se enfadara.

En fin, me absolvió. Salí de la Iglesia temblando por todas partes. Estaba lo mismo que cuando entré. Ni siquiera se me había quitado el dolor de muelas que tenía antes de confesar. ¡Ah!... ¿Qué desengaño!

Pero, vamos, debo declarar una cosa en pro de la Iglesia. La confesión no me costó un cuarto.

Al poco tiempo se me murió un pariente. La viuda, ¡pobre mujer! se empeñó en que dijeran una misa por el alma de su difunto. Y me encargó a mí que fuera a la Iglesia a mandar decir la misa.

Llego a la parroquia y pregunto por el cura. Le vec, y... francamente, me daba a mí no sé qué de ir allí a encargar una misa como cuando uno va a una sembrería a mandarse hacer un sombrero.

—Quisiera que me dijera usted una misa... —Bien. Mañana a las once. —Perfectamente; gracias. —Que usted lo pase bien.

Y me marchaba yo tan fresco. Pero el cura, tirándome de la capa, me dice: —¡Eh! caballero... ¿Qué se ofrece? —¿Se va usted así? —Me voy como se va uno de cualquier parte. —Pero... ¿y el dinero?

¡Ah! Ya me había olvidado de que estas cosas de la Iglesia se pagan casi todas (¡menos la confesión!)

¿Cuánto es? —El precio ordinario es una peseta. Ahora, si usted quiere dar más, eso es a voluntad.

Saqué una peseta y la eché sobre el mostrador. ¡digo! sobre la mesa. ¡Puso el cura una cara, que me río yo de los días nublados! Y me conmoví, y le di la propina. —Tome usted, le dije, no crea usted que me voy a ir dando lo justo.

Y me retiré con cuatro reales y medio de menos. —¡Por qué, por qué Dios mío!

Al poco tiempo me quise casar como buen cristiano, con una muchacha a quien yo adoraba. No quiero acordarme de los pasos que me costó casarme y del dinero que me costó el sacramento dichoso. Me costó mil reales sobre poco más o menos. Compré cincuenta duros de boda y un cura me bendijo. Porque si no me hubiera echado el cura su bendición ¿qué hubiera sido de mí? ¡No lo sé, Dios mío!...

En mi vida matrimonial fui muy desdichado, mucho... ¿De qué me sirvió casarme con todas aquellas ceremonias? Y es el caso que si mi boda no hubiera sido sacramento, me hubiera podido descasar. Pues, no, señor, no pude. Y mi mujer me arruinó, y me hizo desdichado, y ¡qué se yo las cosas que hizo!...

Por fin, el cielo sin duda me quiso librar de ella. Vino el cólera y se murió mi mujer. ¡Pobrecita! Aparte del sentimiento que siempre causan estas cosas, quedé muy descansado, a Dios gracias.

—Ya, decía yo, ya voy a vivir más tranquilo, y con estos cuatro mil y pico de reales que me quedan pagaré las trampas que esa buena mujer me ha hecho...

Pero ¡oh, Dios mío! ¡Dios de los hombres de bien!... ¿Es esto justo?

¡El entierro de mi mujer me costó cuatro mil y pico de reales!...

Por la recopilación
JOSÉ RINCON

Habana.

La lógica de los niños

Un obispo visita una escuela dominical.

Al concluir, y deseoso de irse en gracia de los chicos, les dijo que podían pedirle cuantas explicaciones se les ocurrieran.

Entonces un muchacho le pregunta por qué Adán no empezó su vida siendo niño, como todo el mundo.

Como el obispo se pusiese a meditar antes de responder, una niña vivaracha se le anticipó en esta forma:

—No pudo ser niño, porque en su tiempo no había aún amas de cría.

Bibliografía

La Guerra de los Balkanes, por José Brissa.

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, que cultiva la nota de actualidad con singular acierto, acaba de poner a la venta el interesante libro cuyo título precede.

Es *La Guerra de los Balkanes* una reconstitución informativa de la sangrienta campaña que ha tenido a Europa durante tanto tiempo pendiente de su desarrollo y desenlace y que ha terminado con la más espantosa derrota de Turquía, eliminada desde ahora como potencia militar.

Pocas guerras como ésta tan sangrientas y feroces. En ella han luchado el odio de razas y religiones acumulado durante muchos siglos y en ella se ha puesto de relieve la pontencialidad mortífera de los modernos armamentos, la barbarie de estas luchas humanas y la completa inutilidad de los esfuerzos pacifistas.

En el libro que nos ocupa, escrito con el mayor cuidado y claridad, puede seguirse desde su gestación los trágicos episodios de la ruda contienda, el avance arrollador de los vencedores, las peripecias de las batallas y los áridos trabajos de la diplomacia, hasta la ansiada paz, cuyos preliminares, como sabemos, fueron firmados en Londres el día 30 del pasado Mayo.

Ilustran esta importante obra, lujosamente presentada, más de 150 grabados fotográficos y un mapa plegable, y lleva una artística cubierta en colores, original del reputado pintor M. Navarrete.

Precio de la obra: CUATRO PESETAS en todas las librerías.

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto a la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

La cristiandad, entre tanto, asistía á aquel espectáculo, saboreando la poesía de unos sucesos verdaderamente dramáticos.

Esa orden la dieron los obispos por Abril del año 1432.

Por supuesto, que á los tres meses ni á los cuatro ni á los ocho la había cumplido el Papa, porque entonces lo dramático duraba mucho; en fin: si se pasaban veinte días para hacer los viajes que hoy se hacen en diez horas de prosaico ferrocarril, imagine el que no lo sepa cuánto habían de durar aquellos poéticos acontecimientos que, pasados cuatro y cinco siglos todavía arrebatan las imaginaciones retrovidentes.

Así, pues, en Diciembre del mismo año los obispos advirtieron al Papa muy respetuosamente, que si no revocaba la decisión que había dado contra el concilio, se verían en el duro caso de proceder contra él.

Y no hay para qué ponderar la pena que experimentarían aquellos obispos que, acostumbrados á resolver con hacha y sable sus querellas con súbditos y señores, se veían obligados á valerse de las armas diplomáticas con respecto á su pontífice, que les desobedecía.

Basta tener un corazón medianamente sensible para comprenderlo.

Un año duró la lucha.

El Papa erre que erre en no reconocer el concilio; el concilio firme que firme en resistir al Papa y en fallar en materia de fe.

La voz del cielo decía: «La verdadera autoridad está en ti», y como aquella voz la oía el Papa y la oía el concilio y cada cual creía piadosamente que á él iba dirigida, por no disgustar al cielo, cada uno por su parte se sometía humildemente á ser ejecutor único y forzoso de los divinos designios.

Dos bulas mandó el Papa, y las dos rechazó el concilio, tomándolas por bolas, que, una y otra voz, significan lo mismo en latín, desgraciadamente.

El concilio entró en pactos con los herejes de Juan Huss, y con ellos de acuerdo acordaron varias cosas, entre las cuales figuraba que la administración regular de los bienes materiales de la Iglesia perteneciera al clero; acuerdo que dispuso muchas dudas teológicas de elevadísima importancia.

Ese acuerdo lo aceptó uno de los partidos...

Entonces no había partidos: había casas, sectas, agrupaciones, bandos, pero la desgracia de los partidos no se conocía.

Pues como digo, el bando, secta, agrupación ó bandería, pero no partido de los calixtinos, aceptó el acuerdo y se llamó en adelante bando, bandería, secta, agrupación ó facción de los ultraquistas; y vivieron en paz y abundancia, protegidos por el Señor; pero los taboritas y los orfanitas, que lo rechazaron, perecieron á ortodoxa sangre y á ortodoxo fuego á manos de sus antiguos amigos que, unidos á los católicos, no los convencieron pero sí los vencieron en la batalla de Boehmischbrod, con lo cual se logró exactamente lo mismo que en nuestros días se logró en Varsovia: el orden reinó en Bohemia.

En Diciembre de 1433 había hecho presente el concilio al Papa que procedería contra él si no le reconocía por bueno, según hemos dicho, y en Diciembre de 1434, después de maduras reflexiones, reconoció efectivamente el Papa al concilio, y revocó por una bula del día 13 las otras dos que antes había dado.

¡Oh triunfo episcopal! ¡Oh gloria de las mitras!... El exceso de gozo me embarga.

*¡E troppo la gioia:
mi toglie il respir!*

El concilio trabajó con fe y ardimiento. Jamás se vió tan patente la inspiración del Espíritu Santo. A las pocas semanas ya había reducido á veinticuatro el número de cardenales, otorgándoles la mitad de las rentas de la Iglesia; solución de los más altos problemas científicos que en vano se buscará fuera del dogma católico.

¡Qué sublimidad y qué claridad se admiran en el problema y su solución, tan satisfactoria para el tierno infante como para el sedudo filósofo y para el entusiasta poeta!

Padre + Hijo + Espíritu-Santo.

Del padre procede el Espíritu-Santo.

Procede *filiusque*.

Luego la mitad de los bienes eclesiásticos son para veinticuatro cardenales.

¿Hay ciencia de las llamadas exactas que pueda jactarse de igual claridad ni de mayor poesía?

¡Ah, no!

Pero ¡cuidado con la afición que le he tomado al asunto, olvidando que tal vez ocasiono ya molestia al lector con mi monotonía!

¿Tendrá bastante indulgencia el público para conmigo? ¿Se hará cargo de la fuerza de la pasión que me lleva tras el episcopado de siglo en siglo?

Mil veces he querido dejar en tal esta-

do el asunto y pasar á otro capítulo; más así que me propongo dar vuelta á la esquina, diviso á lo lejos la llamativa punta de una mitra ó los bordados bajos de una enagua episcopal, y se me van los ojos y la atención tras esos objetos que robándome la voluntad hacen que retroceda, no sé si de grado ó por fuerza.

Quando veo en 1438 á los obispos griegos...

Es de advertir que el emperador griego Juan II, Paleólogo, había recibido de su discreto padre el siguiente consejo: «Procura prometer siempre que trabajarás por alcanzar que se unan las Iglesias de Oriente y Occidente, y así darás gusto á los latinos; pero no verifiques nunca esa unión, y así serás bien quisto de los griegos.»

El emperador Juan II no supo ó no quiso seguir este consejo, que en la esfera de la razón de Estado era bueno, y en el concepto de la moral plebeya era malo.

Y con gran número de obispos griegos fué primero á Ferrara y después á Florencia, á fin de ponerse de acuerdo con Eugenio IV y poner glorioso término al cisma.

Allí abjuró toda doctrina contraria á la Iglesia romana, y otro tanto hicieron con solemne juramento el patriarca y los obispos que le acompañaban.

Sonrió de místico gozo la esposa de Jesucristo; preparóse todo bicho creyente á solemnizar la nueva era de reconciliación, paz y concordia; volviéronse á su tierra los obispos griegos, y apenas pusieron los pies en donde tenían sus rentas y rebaños, se retractaron de lo que habían jurado.

—«¿Pero por qué jurasteis? les preguntaban.

—Porque temíamos que, á no hacerlo, nos habrían despedazado los católicos romanos.

—¿Por ventura os amenazaron, castigaron, encerraron?...

—No, pero estaban en su tierra y podían hacerlo.»

El miedo guarda la viña, dice el refrán, y ellos quisieron guardar la viña del Señor, que es la que más lo merece.

El emperador les envió un patriarca católico, y tres años le rechazaron ellos.

Murió el patriarca, y otros tres años conservaron vacante su sede.

¿Eran constantes, sí ó no?

He dicho que todos aquellos obispos habían jurado primero, perjurado después y rejurado á lo último.

No fueron todos.

Uno de ellos se quedó en Italia: se llamaba Besarion, y en premio de no haber

(Continuará)

IMPRESA: LIBERTAD, 31. — MADRID